

# PATRICIA GELLER

# AMANECEER SIN TI

HA PARTICIPADO EN LA ANTOLOGÍA  
DESTINOS ESCRITOS

Relato  
"REENCUENTRO"  
+  
Contenido  
extra

P  
G  
BOOKS

# **Amanecer sin ti**

# **Amanecer sin ti**

**Patricia Geller**

*Los personajes y sucesos que se ofrecen en esta obra son ficticios.  
Cualquier parecido a la realidad será simple coincidencia.*

Queda totalmente prohibida la reproducción total o parcial de esta obra. Ya bien sea electrónica o por fotocopias. Grabaciones o cualquier otro método, sin consultarlo previamente con su autor. De lo contrario, se estará cometiendo una infracción que puede ser constituida como delito.

©Diseño de cubierta: Rubén De La Torre

©Diseño de sello: Alexia Jorques.

©Corrección: M<sup>a</sup> Luisa BT

©Patricia Geller, 2016

©P. G Books, 2016

[www.patricia-geller.es](http://www.patricia-geller.es)

Primera edición: 2016/17

Registro de propiedad intelectual: 1701310485875

© Copyright Patricia Geller.

©Todos los derechos reservados.

*«Amanecer sin ti» nació de la antología «Destinos escritos», en la cual participé con tres estupendas compañeras y se titulaba «Reencuentro». Algún@s de vosotros me pedisteis conocer más de esta pareja, detalles que pasaban por alto. Y la verdad es que me quedé con ganas de disfrutar un poco más de Rodrigo y Michelle, por lo que con el apoyo de Marisa, Bea y Alexia he decidido reeditarlo sumando el prólogo, escenas, capítulo y epílogo. Manteniendo la esencia y que, a pesar de las pinceladas, continuara siendo un relato.*

## Agradecimientos

*A los que siempre están a mi lado.  
A ti, por leerme y darle la oportunidad a **Amanecer sin ti**.  
Espero que disfrutes de este relato.*

*El prólogo y el epílogo serán el punto de unión de la historia.*

# PRÓLOGO

En teoría ya es catorce de febrero, pues son justo las doce y veinte de la noche. Este año me encuentro sola, el año anterior fue... ¿cómo describirlo? Sí, muy doloroso. La ocasión es diferente, mucho, aunque esta noche la había imaginado de otra forma... Más segura, menos intranquila. Estoy con los nervios a flor de piel, el momento se acerca y Rodrigo no está aquí. A veces, el querer estar o las ganas de estarlo no son suficientes, pero el tiempo me ha enseñado a resignarme. Como diría la canción de Vanesa Martín y Alex: *ya no puedo cambiar lo que siento...*

Más agotada que de costumbre me asomo a la ventana y contemplo desde la altura los rascacielos de Manhattan... Mi sueño era regresar aquí y lo estoy, pero él no se halla conmigo. Me cubro con una manta y frente a este paisaje tan necesitado, recuerdo los tres momentos cruciales de nuestra vida todavía siendo pareja...

Y me vengo abajo a pesar de haber prometido lo contrario.

*Aquel día sentí unos tímidos besos por la nuca e instintivamente me encogí, con la piel de gallina y emitiendo un discreto gemido. No me acostumbraba a la sensación, cada día era un nuevo despertar, sí; pero mis sentimientos tan intensos como el primero en el que nos besamos, nos rozamos y sentimos en la intimidad.*

*Con los ojos cerrados aún, me coloqué bocarriba y sonreí. Ahí estaba él, sin saber disimular lo mucho que le gustaba que lo recibiera así. No lo imaginaba de otro modo.*

*—Buenos días, dormilona. —Hundí los dedos en su cabello, mimosa—. Disfruta de este parón como mereces. No sabes lo que odio tener que irme antes que tú.*

*—Te estaré esperando con más ganas. Mucha suerte en el casting de hoy.*

*—Gracias, cariño, y no olvides que te compensaré. Esta noche cenaremos fuera de casa. Nos espera una maravillosa habitación de hotel para una velada inolvidable.*

*Ilusionada con los planes que llevábamos días planificando, lo empujé hacia mí. Ya estaba vestido, siempre elegante para la ocasión. En cuanto nuestros labios se rozaron sentí esas cosquillas en el estómago. Era cursi, sí, pero estaba tan enamorada...*

*—Te quiero —susurré sobre su boca.*

*—Yo más.*

*Me terminó de besar y seguidamente recorrió con sus labios el resto de mi rostro. Haciéndome disfrutar con la sensación. Rodrigo era cariñoso, responsable... atento.*

*Y, sobre todo, mío. Entregado a lo nuestro.*

—Nos vemos a la vuelta —se despidió burlón, acariciándome la cintura—. Todavía no he salido y ya me muero de ganas por volver.

—Aquí estaré, ojazos.

Risueña, lo vi marcharse y me debatí si seguir en la cama aprovechando mi tiempo libre para descansar o, por el contrario, levantarme y organizar el viaje que teníamos pendiente. ¡Por fin de vacaciones a Manhattan! Cuántas ganas de volver a casa, aunque solo fuera para un par de semanas. Pero me daba vida, regresaría con las energías necesarias para continuar tan lejos. Sobre todo, para intentar amoldarme a otro trabajo que no era de lo mío. Uno más... Desde mi llegada aquí había probado en muchos empleos. Daba el cien por cien a pesar de no llenarme profesionalmente. Como camarera, relaciones públicas, secretaria, ¡incluso cuidando niños! ¿Cuál sería el próximo? Una vez regresara de Manhattan me pondría a la búsqueda, sin estancarme.

Estábamos ahorrando para volver a montar una agencia de viajes, la echaba de menos, en esa ocasión sería en Madrid, donde residíamos Rodrigo y yo en la actualidad. La de Manhattan, al marcharme de allí, me vi obligada a cerrarla.

No me lo pensé más, di un salto y entré en el baño que teníamos a la izquierda del dormitorio. Sin pausa, pero sin prisa, disfruté de una relajante ducha. En albornoz, cogí el teléfono y bajé a la primera planta. En el último escalón solté una pequeña risita.

**Michelle:** Gracias por el desayuno un día más, ojazos. ¿Te he dicho que me encanta lo detallista que eres?

**Rodrigo:** Alguna que otra, sí. No mereces menos. Relájate y aprovecha para desconectar. Te amo.

Antes de sentarme en el sofá cogí el ordenador y lo puse junto al variado desayuno. El día tenía pinta de ser bastante largo, por lo que me propuse adelantar trámites y todo lo relacionado con nuestro próximo viaje. ¡Los nervios ya me abordaban!

A las diez de la noche de ese día miré por enésima vez por la ventana. Nada, ni rastro de Rodri. Su coche aún no alumbraba el oscuro campo que nos rodeaba en la sierra. De modo que terminé tumbándome de lado en el ya famoso sofá, a la espera. Estaba más que preparada; con un vestido rojo, corto y precioso. Una pequeña maleta equipada con lo necesario para disfrutar de nuestra noche. ¡Qué ansiedad!

Aburrida, decidí llamar a Cristina, una antigua compañera de trabajo y amiga.

—Pero bueno, la desaparecida, ¿dónde andas metida? —respondió simpática.

—En casa. Ayer terminó mi contrato en el bar en el que estaba trabajando. Creo que han sido los seis meses más largos de mi vida. Odio los turnos partidos.

—Ya te digo, así ando yo en el supermercado, aburrida. Si necesitas algo mientras encuentras otro

*trabajo, avísame. Hace falta personal.*

*—Vale...*

*Suspiré agobiada.*

*—¿Qué pasa, Michelle?*

*Me daba miedo confesarlo en voz alta.*

*Sin embargo, necesitaba desahogarme.*

*—Echo de menos muchas cosas, Cris. Siento que el tiempo se está yendo y no lo estoy aprovechando como me gustaría. Pero sé que para Rodrigo es importante conseguir su sueño. —Tomé aire, no era fácil—. Si no fuera por él, diría que no soy feliz.*

*—Es decir, que no lo eres, pero te aferras al amor que le tienes para disfrazar...*

*—No, no... Yo... A ver, Cristina, no sé cómo explicarlo.*

*—No hace falta, Michelle, ya lo has hecho.*

*Oí un ruido detrás por lo que me incorporé sobresaltada. Rodrigo se encontraba en la puerta de casa. Quieto, con la mirada perdida en mí, aunque al mismo tiempo como si no estuviera allí. Absorto en sus propios pensamientos, lo conocía lo suficiente.*

*—Mañana te llamo, Cris.*

*Lancé el teléfono y corrí hacia sus brazos, era mi único apoyo cerca. Su recibimiento fue lejos del esperado. Me dio un beso rápido, alejándome para volver a tener espacio.*

*—¿Todo bien? —Me preocupé—. ¿Te han cogido?*

*—Ya me llamarán... —Y observándome a los ojos añadió con un duro tono de voz—: He acabado pronto, pero he estado con unos amigos por ahí.*

*—No entiendo. Llevo esperando horas, tenemos planes, ¿no te acuerdas?*

*Me observó de arriba abajo y asintió. Luego caminó hacia la cocina, ignorándome. Me pareció ver que tragaba el nudo que se le había formado en la garganta. ¿Qué estaba sucediendo?*

*—Rodri, ¿a dónde vas? —le reproché siguiéndolo—. Tenemos una reserva.*

*—Estoy cansado, lo dejamos para otro día.*

*—¿Cómo?*

*Me situé delante, prohibiéndole que alcanzara una botella de vino.*

*—¿Me estás tomando el pelo? —Negó con la cabeza, sin más—. ¿A qué viene esto?*

*—Lo he cancelado todo, lo siento, Michelle.*

*Enseguida se me vinieron imágenes de él con los amigos y, por qué no, con alguna que otra chica a su alrededor. ¡No podía ser! Confiaba en Rodrigo, ciegamente, ¿entonces a qué venía su repentino cambio? Jamás me había hablado con tanto pasotismo, mucho menos cancelando unos planes de ese calibre...*

*Confundida, atrapé su mentón, exigiéndole que me mirara.*

*Me rehuyó.*

—Estoy empezando a pensar mal —confesé con dureza. Se agarrotó—. Dame una explicación para esto que estás haciendo. Te juro que no la encuentro.

—No tiene que ver con una mujer, ¿me oyes? —Me encarceló con su cuerpo bruscamente. Las chispas saltaron entre nosotros. La tensión sexual era tan potente que con solo rozarnos me hacía pedazos—. Necesito descansar, Michelle. Por favor.

Bajé los hombros, leyendo en su escurridiza mirada que no mentía.

Lo dejé ir, pensando que quizá y a pesar de todo había tenido un mal día... Lo creía frustrado, pero me mataba desconocer el motivo y que no se arrojara en mí para juntos poder afrontarlo, apoyándonos. En mi interior supe que algo me ocultaba.

¿Qué era?

Hoy sé la respuesta... pero aquel día no, yéndose la situación de nuestras manos... Convirtiéndose en meses complicados... de confusión, miedos y dolor.

En ese tiempo insistía en tranquilizarme con el pensamiento: Todas las parejas pasaban por crisis, ¿no? ¡Pues nos había tocado! No era alarmante, podríamos solucionarlo. Dos personas jóvenes, con sentimientos y ganas de luchar, ¿qué podría salir mal? No quería pensar de otra manera, tampoco haría un drama. Rodrigo y yo nos conocíamos lo suficiente para saber resolver las cosas como adultos. ¿Que me dolía vernos así? Pues sí, pero lo superaríamos. No tenía dudas.

Entré en el baño, sonriendo al verlo. Con la bañera rebosando de agua hasta arriba y sin que le faltaran las burbujas. La cabeza echada hacia atrás y los ojos cerrados.

—¿Qué piensas, ojazos? —Apuntó hacia mí y suspiró—. Estás muy callado.

Soltó una risita irónica, seguida de un carraspeo.

—Anoche volviste a hablar en sueños —soltó con el ceño fruncido.

—¡No me digas! —Me senté al filo del mármol—. Qué vergüenza. Dime que era con nuestra ilusión: hijos. Si es algo guarrillo no me lo expliques, mejor enséñamelo.

—Hijos... No, Michelle, ojalá. Mencionabas Manhattan. Lo feliz que eras allí.

Me cortó el rollo, para qué negarlo. Era un tema que quería obviar, más en el punto en el que nos encontrábamos y, sobre todo, tras regresar de allí. Era difícil abordarlo.

—Bueno, eso ya lo sabes —traté de quitarle importancia—. Dime, ¿vamos a cenar fuera? Menuda racha de encierro que llevamos, lo necesitamos, ¿verdad?

—No me apetece. Vete tú si quieres con Cristina. Despéjate, lo pides a gritos.

*Se puso de pie, se enjuagó frente a mi sorprendida mirada, esquivándome de nuevo. Eso sí, sus facciones expresaban algo diferente, algo que se me escapaba de las manos. Y diría que parecía muy afectado. Demasiado para «no suceder nada».*

*—Rodri, por favor, odio estar así. ¿Qué te pasa?*

*—Nada, ya te lo he dicho otras veces. —Le di el albornoz para que se secara, que aceptó con una expresión irreconocible. Entre la pena y la rabia. ¿Por qué?—. Cuidado.*

*—Sabes que te amo, ¿verdad? —Me coloqué delante y hundí los dedos en su húmedo cabello. Evitó mirarme. Aunque gruñó—. Dime que tú también, por favor.*

*—¿Se pregunta? Ahí tienes la respuesta. —Señaló sus ojos—. Nunca lo dudes —y añadió montándome sobre su cintura—: nunca, pase lo que pase, ¿me oyes?*

*—¿Por qué estás tan extraño? —jadeé frente a su rudeza—. Mímame. Y prométeme que lo arreglaremos, que es solo un bache. Que lo superaremos. Hazlo, Rodrigo. Que cumpliremos el sueño que tenemos de ser padres pronto. De formar una familia.*

*No hablé, continuó pensativo. Fuera de sí al estrecharme contra su ardiente piel. Me llevó hacia nuestra habitación, me depositó sobre la cama y me cubrió con su cuerpo, reclamando un apasionado y desesperado beso, con el que acalló mis súplicas, pero sin obtener la respuesta que necesitaba. ¿Qué sucedía?*

*Lo amaba tanto que me daba miedo reconocer que el posible final estuviera cerca.*

*Se me escapa alguna lagrimilla por lo sensible que estoy al volver a revivir aquella angustiada situación que, sin darnos cuenta, se hizo realidad. Aún me pregunto cómo. Sí recuerdo el día en que todo nos estalló en las manos. Era inevitable entonces.*

*En aquella ocasión estaba tumbada bocabajo en la cama y observé de reojo la fotografía que tenía en la mesilla auxiliar, a mi lado. La imagen más reciente de Rodrigo y yo, juntos, fue en el último viaje a Manhattan, cuando visitábamos a mi familia. Ahí ya se percibía cierta tirantez, la que por supuesto, intentábamos no transmitir al resto.*

*Me entristecía tanto estar así.*

*¿Cómo decirle que ya no sentía lo mismo? Que el deseo por él era tan intenso como el primer día, sin embargo, el amor que le profesaba había desaparecido sin apenas ser consciente. Que ya no quería hacerle más preguntas, porque ya no me importaban las respuestas. Que sin esperar nada a cambio necesitaba dar por finalizado lo nuestro...*

*La monotonía nos había vencido, lo asumía. Lo culpaba, era obvio. Por no luchar, por no darle magia a esos momentos tan imprescindibles en una pareja. Por ignorar mis quejas, mis desesperadas peticiones para que me prestara más atención.*

*Estaba cansada de suplicar un cariño que solo recibía en la cama, desbordados por la pasión, para luego quedar en nada. Sumado a horas muertas, sola, en casa... esperando que cumpliera su sueño. Felicitándolo por cada nuevo y pequeño triunfo. ¿Y yo qué? No tenía remordimientos por haber dejado de sentir ese amor que parecía ser eterno. Lo había intentado todo, aunque me faltaba valor para confesarlo. No era fácil. A veces ponía como indirecta la canción de Manuel Carrasco: Ya no... Pero no se daba por aludido...*

*Noté que se movía a mis espaldas y con inquietud cerré los ojos fingiendo estar dormida. Sentí cómo cubría mi desnudez con una fina sábana, depositaba un sutil beso en mi hombro —que me sacudió— y sin más, sus pasos hacia la primera planta.*

*¡Vamos, Michelle!*

*Teníamos que hablar, ¡él tampoco me amaba! De lo contrario su comportamiento hubiera sido otro, pero no, ¡tiró la toalla meses antes! Y era hora de ser libres.*

*Me incorporé y alcancé la bata de seda, rosa palo, que se encontraba en el suelo. Colocándomela me bebí las escaleras.*

*Tomé aire al tiempo en el que sus ojos se clavaban en mí al llegar a la planta inferior. Los nervios propiciaron que en mis labios se dibujara una tonta sonrisa. ¡Menuda gilipollas! No era una buena manera de cortar una relación tan larga, no.*

*—Buenos días... —lo saludé y carraspeé—. ¿Ya te vas?*

*—Sí, desayuno y salgo. Tengo un casting para una nueva serie. ¿Café?*

*—Ajá... lo voy a necesitar.*

*Se dio media vuelta y continuó con su tarea. ¿Cómo empezar? ¿Creando un ambiente cálido? No tenía ni idea. Estaba cagada de miedo, no por su reacción, sino por hacerle daño. Él me lo había hecho, ¿queriendo? No lo creía. Algo me ocultaba, el motivo lo desconocía y a esas alturas tampoco estaba interesada en ello.*

*Encendí la televisión y me senté donde de costumbre, en la sala. Minutos después vino con la bandeja, un par de cafés y tostadas. Se situó justo al otro lado de la mesa y con el dedo índice empujó la taza hacia mí. Luego me estudió fijamente.*

*Joder, no podía.*

*—¿Todo bien? —me preguntó ronco.*

*—Sí... pensando en lo que haré hoy. Ya sabes, día libre, tiempo para mí.*

*—¿Y? —Me encogí de hombros, dando un sorbo—. Te conozco, ¿qué pasa?*

*¡¿Pero por qué no se daba cuenta?!*

*Entonces era yo la que no respondía con sinceridad.*

—Rodrigo... yo... —Asintió serio, esperando más. Mi corazón empezó a galopar tan deprisa que no me atreví. Y retrocedí—. Yo... En fin, te deseo mucha suerte hoy. Ojalá te contraten como protagonista principal en la serie. Sé que será un día largo para ti y quiero que sepas que, de alguna forma, estaré contigo.

—Gracias, cari... Michelle —masculló desganado, incorporándose de forma brusca. «¡Mírame a la cara!», quise gritarle—. Tengo que irme.

—Ya veo —farfullé tras su frase a medias—. ¿Necesitas algo más?

—No, tranquila.

De nuevo lo vi subir a la habitación, suponía que iría a prepararse. ¿¡Por qué me había vuelto tan cobarde!? No era el fin del mundo, joder. Con veintiséis años no quería seguir atada a alguien por apariencias como sucedía en antaño, por Dios.

Cabreada conmigo misma salí hacia fuera y cogí el teléfono.

Tenía un wasap.

**Cristina:** ¿Qué tal todo?

**Michelle:** Pues mal. No soy capaz de decirle a Rodrigo la verdad, y he de hacerlo. En tres meses se me acaba el contrato como cajera y me voy, necesito volver a Manhattan y retomar mi vida como empresaria. Abrir nuevamente una agencia de viajes. Paso de seguir aquí amoldándome a puestos que no me llenan. Creo que durante estos cuatro años he probado demasiados sectores y nada. He disfrutado en cada uno de ellos, pero mi sitio está en otro lado.

**Cristina:** Y yo quejándome de mi viernes... Suerte.

**Michelle:** Gracias. Vamos hablando.

Sentí una mano en mi cuello y di un salto, dándome la vuelta de golpe. Rodrigo se disculpó con una sonrisa forzada, acercándose para darme un beso de despedida.

—Te veo luego —susurró y me aferró por la nuca. Afirmé tensa. Era el teatro de cada día—. Llegaré tarde, no me esperes despierta, ¿vale?

—Lo imaginaba.

Fui a retirarme, pero no me dio tiempo. Rodrigo me empujó hacia él, sellando nuestros labios. Ahí me perdí, la atracción sexual entre nosotros era tan brutal que cuando nos tocábamos podía arder todo lo que se encontraba a nuestro alrededor. En el sexo nadie me complementaba como él y sabía que Rodri pensaba lo mismo de mí.

A tientas guardé el teléfono en el bolsillo y le correspondí con fiereza, lejos del romanticismo, esa parte se había perdido entre nosotros hacía muchísimo ya... Pero los cuerpos eran esclavos de los deseos más salvajes de los humanos. Y caíamos sin poder hacerlo.

Contradictorio según nuestra relación, lo admitía. Pero no tenía modo de controlarlo. No sabía

cómo se hacía, no cuando él, como hombre, me hacía sentir mujer. Sacando mi lado más apasionado y sexual.

Convirtiendo sus besos y caricias en una adición.

—Rodri —lloriqueé de impotencia.

—Chis.

Se transformó en un depredador, su incipiente barba arañaba la comisura de mi boca, pero no me importó. Era ardiente, débil cuando se trababa de placeres y él sabía cómo dejarme satisfecha, complacerme hasta caer rendida a sus pies... en el sexo.

—Tengo que irme —masculló contra mi boca, ahogado. Me volvió a besar, mordió mi labio hasta que me oyó gritar y con reticencia, se alejó poco a poco—. Lo siento.

—Lo sé.

Avergonzada por mi debilidad... entré a la sala. La casa volvió a caérseme encima. Me esperaba un día como otros tantos, inmersa en la soledad. En medio del campo, en las afueras de Madrid y aburrida por no afrontar la realidad.

De puta madre, Michelle, ¡de puta madre!

El ruido de la cerradura fue lo que me despertó por la noche.

Bostecé acurrucada en el sofá y miré la hora... Las doce y media. Me mantuve en la misma postura hasta que me percaté de que Rodrigo se asomaba para cerciorarse de que dormía. Estuve a punto de poner los ojos en blanco y hacerle una bonita peineta. ¿¡Qué callaba!?

Sacando fuerzas de no supe dónde, suspiré y me senté tratando de aparentar una calma que no sentía.

—¿Cómo ha ido? —quise saber. Su expresión era diferente—. No has pasado...

—Sí, me llamarán para el próximo casting. Lo he hecho para dos de los protagonistas principales, aún no saben en cuál puedo encajar en caso de que así fuera. Esto es largo.

—Qué bien, ¿no? —Me puse de pie en el sofá para felicitarlo. Negó—. ¿No qué?

—Tenemos que hablar, Michelle.

Me dejé caer de nuevo, rehusándolo. Se sentó sobre la mesa baja que teníamos en el centro, entre la televisión y el sofá. Su intenso suspiro me llegó al alma. Sus manos pronto reclamaron el contacto de las mías, que histérica, no dudé en cederle.

«Hazlo tú, por favor», supliqué en silencio.

—Necesito ser sincero contigo, aunque me duela reconocerlo... Creo que todo lo que teníamos se ha perdido. Únicamente ha quedado la pasión, pero no es suficiente para seguir adelante en una relación estable como lo era la nuestra. Se acabó, Michelle.

Me quedé con la boca abierta, notando en el estómago cien mil emociones juntas.

No supe si reír o llorar. La situación era triste, sin embargo, me sentí liberada. No solo por lo que

significaba la palabra en sí, sino al saber que no le haría daño. Que sus sentimientos eran exactamente como los míos. Que a pesar de lo duro que era admitir que lo nuestro estaba roto, no habría un «perdedor» por llamarlo de alguna manera.

Sobraban las palabras, excusas o explicaciones.

Necesitaba, por lo mucho que lo había amado, que no termináramos mal, ¿para qué reprocharnos si no había vuelta atrás? Ya no.

—¿No tienes nada que decirme? —reclamó y me aferró por el mentón.

—Lo has dicho todo, Rodri —confesé con un nudo en la garganta y rocé mi rostro con sus dedos—. Te quiero, pero no del mismo modo que antes... La llama del amor se ha apagado, no la del deseo. No obstante, ¿cuántas personas se atraen sin más?

Arrugó el rostro, asintió con la cabeza a gachas y la mandíbula agarrotada.

—Me llevo mis cosas a otra habitación mientras siga aquí —musité en trance todavía, sin saber cómo actuar. No esperaba que tomara la iniciativa—. A ver, yo...

—No tienes por qué irte, lo sabes. No voy a molestarte. Esta casa es tan tuya como mía —me recordó con dureza, dejando caer su mano al vacío—. Dime lo que necesitas y lo haré sin dudar un puto segundo. No seré un obstáculo para ti si es lo que temes.

—No quiero acabar así, Rodri... Nos entenderemos mientras me marchó... Volveré con mi familia, pero no sé cuándo —le mentí y volví a tumbarme, obviando su repentina hostilidad. Me quedaría hasta acabar con mis compromisos laborales, después... Mi vida estaba en Manhattan, de donde nunca debí marcharme por él—. Necesito tiempo.

—Ahora dispones de todo el que no te atrevías a reclamar.

—¡Rodrigo, no seas injusto, no se trataba de eso! —le reproché dolida.

—Lo sé y es lo que me mata. —Se arrodilló delante de mí. No pude evitar que una lágrima se me escapara. Él la limpió, seguida de una caricia áspera—. No olvides la frase que te dije una vez. Ahora dejémoslo aquí. Esto tenía que ser así.

—¡Podía haber sido de otra manera!

Me besó la mejilla y se marchó... Pero ya no dolía verlo ir.

Agito la cabeza, regresando a la realidad. Qué ingenua fui al pensar aquello cuando se marchaba. Hoy, a pesar de haberlo superado todo, todavía un latigazo de dolor me traspasa al recordarlo. Hemos pasado por tanto juntos... aunque sin duda esos momentos fueron cruciales para lo que creíamos una relación consolidada.

Con planes de futuro.

Voy hacia la cocina y me preparo una infusión con la esperanza de poder conciliar el sueño. No es porque no esté cansada, más bien todo lo contrario. No puedo más. Pero los brazos de Morfeo no me

ceden un hueco en ellos, por lo menos esta noche que pinta ser bastante larga.

En la soledad que necesito.

Una vez tengo el té listo, regreso hacia el ventanal, coloco una silla delante y dando un sorbo, me siento ahí, pensativa. Nuevamente y tras la sucesión de imágenes anteriores; de lo mucho que nos amábamos, de cómo se desgastó y terminó lo nuestro, no puedo evitar rememorar cómo llegamos al punto de inflexión que nos trajo hasta aquí. A las situaciones que tuvimos que vivir ***dos meses atrás*** para darnos cuenta de que a veces, a pesar de las promesas, todo se complica. Y es que ninguno esperábamos dar marcha atrás... pero lo hicimos.

¿Pudiendo superarlo?

# CAPÍTULO 1

## *Dos meses atrás...*

Sin duda era uno de los días más complicados de mi vida. Recién salida del trabajo e iba de camino a casa, del que acababa de despedirme, la última vez que oiría el famoso *Ding Dong* por la megafonía del centro comercial... Las calles de Madrid se hallaban abarrotadas a esas horas o, ¡qué digo!, a cualquier otra.

Era Navidad, ¿cómo obviarlo!?

No faltaban detalles típicos, charlas sobre las cenas.

En el supermercado todos los planes giraban en torno a las nostálgicas fechas... y no dejaba de pensar en esos tres rostros que trasmitían algo diferente a los demás. Me había dejado intrigada el trío que, aunque iban por separado, escondían mucho en sus ojos. Tanto como los míos. ¿Sería por la navidad? ¡Buf! Si ya de por sí no era de mi agrado ese mes, con la situación personal que tenía... mucho menos.

¡Suplicaba porque llegara enero!

Después de cuatro años de relación, esos serían los últimos días que tendría que pasar junto a Rodrigo, el que hasta entonces había sido el hombre de mi vida. Al que apodaba «ojazos». Ya hacía mucho que no lo llamaba así, exactamente tres meses.

Sí, cuando rompió conmigo.

Y ahora llegaba el momento de despedirnos, de vivir, ambos, realmente una nueva vida lejos del otro, aunque en las últimas semanas era lo que habíamos estado tratando de hacer, pero compartiendo casa. No habitación; contradictoriamente, sí intimidad.

Me bajé del coche, dejándolo en el garaje y me miré en el cristal. Me retiré la larga y rubia cabellera recogéndola en un moño mal hecho. Delineé un poco mis ojos verdes para que no irradian tanta tristeza y, con un suspiro, me dirigí a la puerta.

Era difícil, aun así, iba más que preparada.

Llegados a ese punto ansiaba de una vez por todas volar lejos.

Al entrar solté mis cosas como de costumbre. Y ahí lo vi.

Se encontraba sentado junto a la ventana, pegado al ordenador mientras bebía de una copa. Al advertir mi presencia se giró y me saludó con la misma cordialidad de siempre. Era extraño, pero no nos llevábamos mal. Tomamos la decisión como adultos, aceptando que lo nuestro no podía continuar. Finalmente habíamos conseguido la necesidad de obtener cordialidad. Quedaba la pasión, el cariño...

Pero el amor se había esfumado.

—No han llegado, ¿verdad? —le pregunté, dejándome caer en el sofá. Cuánto echaría de menos aquella decoración clásica que ambos habíamos escogido con tanta ilusión cuando alquilamos la casa.

—No, aunque estarán de camino. ¿De verdad crees que es el momento de decírselo? —Bajé la mirada, no quería tocar de nuevo el tema. Estaba decidido—. Estupendo, como quieras. Ya sabes cuál es mi opinión. Estarán poco más de una semana aquí, podemos explicárselo el mismo día de la vuelta. No es necesario amargarles las vacaciones.

—Claro, como tal cosa —solté con ironía—. ¿Cómo sería la escena? —Alcé la ceja e improvisé a mi manera—. Perdonad, pero os he estado mintiendo. Rodri y yo no estamos juntos, hemos hecho el papelón del siglo para no fastidiaros la Navidad... ¡Ah!, se me olvidaba, me voy con vosotros a Manhattan. ¿Qué tal me ha quedado el discurso?

—Odio cuando te pones en ese plan —se quejó, levantándose—. Es tu familia. Tú decides. A la mía le importo poco yo, así que ni hablemos de mis relaciones, por lo que no tendré que dar explicaciones.

—Rodrigo...

—Ahí tienes más cajas.

Me señaló fotos nuestras, preparadas para ser empaquetadas.

—Cuando te vayas no quiero nada aquí que me recuerde a ti.

—Espera, ¿de qué vas? —protesté por su dureza—. Me he perdido un poco, ¿no nos estábamos comportando con cordialidad? Hasta ayer...

—Al igual que tú, tampoco quiero tocar ciertos asuntos. No hoy.

—¿Qué estás...?

—Como no lo haces, me encargaré yo.

¡El colmo! Sin ningún cuidado depositó las fotografías dentro de una preciosa caja roja que jamás había visto y, al acabar, la dejó junto al resto de las pertenencias que yo ya tenía preparadas.

—¡Oye, como las hayas roto te dejo la casa destrozada!

—Llaman a la puerta. —Cruzó la amplia sala y se puso la chaqueta. Luego, y como el actor que era, empezó a actuar—. Que empiece la función. Tú marcas el ritmo y yo te sigo. Improvisaré de ser necesario.

—Déjame decirte que este comportamiento no te va.

—Nunca debí comportarme de otra forma.

Le eché una mirada asesina, caminando hacia la entrada. Yo sí que aborrecía su actitud cuando quería quedar por encima. Solía suceder al no estar de acuerdo en algo, como ese día. Él era prudente, yo mucho más, sin embargo, no podía seguir soportando vivir a tantos kilómetros de distancia de mi verdadero hogar. El que abandoné por él.

Necesitaba retomar mi vida y liberarlo para que también pudiera rehacer la suya. ¿Para qué hacerlo más difícil de lo que era?

—¡Michelle!

Los gritos de mis padres, mi hermano y mi cuñada, pronto llenaron de alegría aquel tenso ambiente; más con la preciosa sonrisa de mi sobrino, que acababa de cumplir su primer año. Como era de esperar terminamos todos llorando entre lágrimas de felicidad. Hablando sin parar entre risas, en inglés... como cuando iba a visitarlos.

Habían pasado meses desde que nos vimos por última vez.

Ahí mi relación ya se empezó a tambalear. Nadie lo intuía.

—Pero qué guapos estáis. —Escuché la voz de mi madre, pero yo solo tenía ojos para el pequeño Liam—. Aunque, a decir verdad, mi hija ha perdido unos kilos, ¿no? La veo bastante más delgada que cuando vinisteis a visitarnos. ¿Todo bien?

—Sí —respondió Rodrigo—. El trabajo, ya sabes, Dayana.

—Claro, no dudo de que cuidas bien de ella.

Apunté hacia él, que tuvo la misma reacción. Observándome tan fijamente que por un fugaz segundo recordé por qué me enamoró. No solo era guapo, con una piel blanca tan perfecta como la cera...

Y ese cabello rubio... Era *el hombre*. Con saber estar, elegante, paciente. Casi perfecto. Instintivamente retiré mis ojos de su corpulenta figura y volví a dedicarle atención a mi sobrino. Este sonreía, iluminando todo. Era mi delirio.

—¿Unas copas, cuñado? —propuso mi único hermano y acarició mi mano unida a la de su hijo. Mi padre nos miraba embobado. Liam había reducido su pena de tenerme tan lejos—. Por cierto, ¿y el árbol? ¿En esta casa no hay decoración navideña?

—¿A ver si es que les ha tocado la lotería y piensan en mudarse?... —intervino papá, burlón, y señaló las maletas que yo, a posta, había dejado junto a las escaleras—. ¿Nos hemos perdido algo por aquí, o me lo parece?

—Algo... así —me envalentoné.

Me puse en pie sin soltar al pequeño y los invité a todos a sentarse en el centro del salón, rodeando la mesa de madera noble donde nos reuniríamos en Nochebuena... Navidad... Año Nuevo, aunque quizá no disfrutaríamos con la felicidad que imaginaban. Menudos días me esperaban.

Me senté, Rodrigo se posicionó a mi lado, serio, callado. Incluso diría que ¿afligido? No entendía nada. Tampoco pude preguntárselo en voz baja. Mi cuñada, Abie, se acercó, me pidió a Liam y se situó junto a mi hermano. Frente a nosotros. Me costó tragar en cuanto adiviné en sus rasgos que ya presentía la noticia. La conocía perfectamente.

Como ella a mí.

Mis padres, en los extremos, esperaban nerviosos. ¡Vamos allá!

—Rodri y yo tenemos algo que contaros. A ver, no me miréis así. Tal vez soltarlo de buenas no es lo que esperabais, pero no quiero callarlo...

—No me lo creo. —Las espontáneas lágrimas de mamá al dirigirse a mi padre me paralizaron—.

¿Oyes, Bill? ¡Se vienen a Manhattan!

—¿Cómo? ¿Es eso, Michelle? —¡No, no y no! Me hundí en el asiento. No me salían las palabras—. ¡Claro, de ahí las maletas! Por fin, no sabes cómo anhelábamos teneros cerca. Que el día que fuéramos abuelos de nuevo, por hijos vuestros, estuvierais allí. Pero sin presiones, eh.

—Hermanita, qué callado os lo teníais. ¡Hay que celebrarlo!

—Eliott —trató de contenerlo mi cuñada y arrugó el rostro—. Por qué no los dejáis hablar a ellos en vez de sacar conclusiones.

Quise que la tierra me tragara. Busqué el apoyo de Rodrigo, algo que no sucedía desde que tomamos la decisión. Se mantuvo impasible, ¿triste?

Me dieron ganas de zarandearlo.

—Michelle, dinos algo, por favor. A tu madre y a mí nos va a...

—Sí —mentí espontáneamente, entrelazando mis dedos con los de Rodri, que se agarrotó al escucharme, sentirme. No fui capaz de destrozar la ilusión de mi familia, no ahí—. El día 1 de enero me iré con vosotros para buscar una casa acorde para ambos y, una vez instalada, se vendrá él.

Escuché cómo el aludido maldecía en voz baja.

—Así es... Una sorpresa inesperada para todos, ¿verdad? —masculló este, obligándome a girar el rostro. Temblé de pies a cabeza cuando por primera vez, tras la ruptura, nos miramos tan intensamente—. Cuidádmela ahora vosotros... Te echaré de menos, Michelle. No lo olvides.

El corazón empezó a palpitarme tan rápido que pensé que todos podrían oír mis latidos. ¿Por qué hablaba como si aún quedara algo entre nosotros? ¿Por qué, de pronto, sentí recaer sobre mí aquella mirada tan profunda y enamorada como antes de que lo nuestro se apagara?

—Y yo a ti —se me escapó, emocionada.

—Lo sé...

Sentí dolor. Percibí el suyo. ¿Por qué? Los dos teníamos claro que ya no podíamos dar más en la relación. Que cualquier intento sería forzado por el cariño que nos teníamos. Era surrealista la situación.

—Oye, fuera dramas que no os estáis despidiendo —bromeó mi hermano—. Además, que os veréis en nada. ¿Qué es lo que toca entonces? Disfrutar de estas navidades. Vivirlas como si fueran las últimas, ¡que por fin estamos todos juntos!

Las últimas... Lo eran.

—¿Por qué no os instaláis? —propuso Rodrigo—. Michelle y yo iremos encargando una exquisita cena sin que falten esas copas para celebrar.

—Nos pedimos la habitación de siempre —comentó mi madre.

—No tenemos elección. —Se encogió de hombros mi hermano—. ¿Abie, vamos, cielo?

Ella seguía mirándome, perpleja. Nos conocíamos tan bien...

—Claro, dejemos que la parejita se organice —puntualizó al fin.

Y ahí estábamos Rodrigo y yo, solos, en medio de ese salón que se nos quedaba grande. ¿Qué

decirnos? ¿Cómo actuar? ¿Por qué, sin más, la situación había dado un vuelco complicándose? Entre nosotros la incomodidad dejó de existir dos semanas después de la ruptura y sin saber cómo, estaba de vuelta justo en el peor momento.

—Siento meterte en este lío, de verdad, Rodri. Me he sentido acorralada, no tenía idea por dónde salir. Una vez en mi casa les contaré la verdad, no me he sentido capaz. ¿Has visto lo ilusionados que estaban?

—Te lo advertí.

—Pues me equivoqué al creer que sería valiente, ¿contento?

—Has aprendido de mí, Michelle.

Tras su crítica se incorporó y me dejó con la palabra en la boca.

Yo lo seguí antes de que pudiera ir a la cocina y le obligué a mirarme, atrapándolo por el codo. Su gesto se transformó duramente.

—¿Qué te pasa? ¿A qué viene esta actitud tan contradictoria? Nos hemos llevado muy bien hasta... anoche. Además, tú... Tú me dejaste.

—Claro que sí, y no me arrepiento. Lo hice porque tú no fuiste capaz cuando realmente era lo que querías. —Se soltó de malas maneras.

Me chocó lo que guardaba dentro.

Yo tampoco tenía menos escondido.

—¿Qué pretendías que hiciera? Te seguí, apostando por tus sueños; pero ¿dónde quedaron los míos? Fuiste a probar suerte en Nueva York, nos conocimos, empezamos a salir, me propusiste planes en Madrid y lo dejé todo por ti. Querías ser actor, no uno cualquiera, sino reconocido, cuando allí estabas encontrando tu hueco. Pero no te conformaste. Luego, aquí, tu tiempo para mí se volvió limitado en estos últimos meses. Yo trabajando en un puesto al que no aspiraba, allí tenía mi propio negocio... Claro que la pareja se desgastó. No la pasión, pero la magia sí se perdió.

—Quizá porque nunca quise que la recuperaras.

Di un paso atrás, sin entender a qué venía esa conversación que nunca llegamos a mantener con tanta intensidad ni profundidad. Cuando rompimos nos limitamos a no ensuciar los momentos vividos, quedándonos en la superficie a la hora de dar nuestros motivos. Él me lanzó el guante entonces, y yo no dudé en cogerlo.

—Admites que dejaste que sucediera —le dije confusa y, por qué no, decepcionada—. Me lo negaste tantas veces cuando te pedía que dieras más de ti mientras yo trataba de luchar por lo nuestro sin perder las ganas. Seis meses después no pude más.

—¿De qué nos hubiera servido, Michelle? No eras feliz.

—¿Q-Qué quieres decir? —me trabé.

—De qué valía quererte en casa, como tú decías, si luego pasaba demasiadas horas fuera de ella. Entre cástines, publicidad, alcanzando egoístamente mi sueño con nuevos proyectos, cameos. Al volver

estabas sola, esperándome. —añadió frustrado—. ¿Para qué postergar un final que llegaría?

Se marchó hacia la cocina dejándome completamente descolocada. De fondo oí unos tacones acercándose. Abie bajaba las escaleras, sin nadie que la acompañara. Con el dedo me indicó la puerta del baño. Segundos después, allí nos encontrábamos las dos.

La abracé y le sonreí sin ganas al retirarme. Cada día estaba más guapa, muy rubia. Era dos años mayor que yo, de hecho, acababa de cumplir los treinta y tres y le prometí que lo celebraríamos esa noche. El mío sería el próximo mes de abril y estaría junto a ellos. Aunque sin Rodrigo. ¿Y esa nostalgia a qué venía? Serían... ¡las malditas fechas!

—¿Por qué has mentido a tu familia, Michelle?

—Esto es complicado —reconocí, sentándome sobre la tapa del retrete—. En Manhattan hablaré con ellos. Si Rodri está presente será más difícil. Lo quieren mucho. Pensé que no me costaría contarlo.

—¿Qué ha pasado?

Me sujetó de las manos, poniéndose en cuclillas delante.

—Nada es lo que era. Creo que no estoy enamorada.

—¿Crees? —Se sorprendió ante la duda.

—Quiero decir, no lo estoy ya... Hace tres meses que lo dejamos. Le quiero como a alguien especial, porque lo ha sido durante mucho tiempo; en la cama me llena, no te lo voy a negar —reconocí sin vergüenza—. Me atrae como el primer día, pero no lo echo de menos a pesar de estar separados.

—Un inciso, ¿os habéis vuelto a liar después de romper?

¿¡Cómo!? Era de locos tener que dar ese tipo de explicaciones.

—Alguna que otra vez, sí, nos dejamos llevar tras pasar las primeras semanas de la ruptura. Ya sabes, la peor fase... Vivimos juntos, nos conocemos y si nos da el calentón, algo rápido, sin tonterías... y ahí se queda. Luego me marchó a mi habitación y se acabó. Al día siguiente ni lo mencionamos. Es como si no hubiera existido.

—Pero no es verdad. ¿No te has planteado que quizá por eso no lo echas de menos? —La observé confusa. Era una lianta sentimental—. Lo ves a diario. Tenéis contacto físicamente. Os respetáis mutuamente. Nada ha cambiado. Sí, estáis pasando por una crisis, de las gordas. ¿Pero es el final?

—Por supuesto.

—¿Cuánto hace que no os miráis a los ojos? —Me quedé flipando. Qué ñoñería era esa—. Ríete, pero a veces son vitales esos momentos de intimidad. Pueden ser incluso más profundos y necesarios que tocaros.

—Ay, Abie. ¿En serio? —Su semblante lo dijo todo—. ¿Para qué?

—Para descubrir el miedo que puede daros no volver a veros nunca más. Recuerda que de ser nada os convertisteis en todo. Michelle, a veces el amor no se acaba, nosotros nos empeñamos en que así sea. —Negué con la cabeza—. Nos acomodamos y preferimos darlo por perdido que luchar por la única persona que quizá nos haga sentir lo que ninguna otra. Valora este tonto sermón que crees que te estoy

dando. Sé de lo que hablo y no quiero te des cuenta cuando ya la distancia sea real.

—No, joder. —Me apreté la sien—. Él opina como yo.

—¿Estás segura? —Asentí a medias, recordando la conversación anterior con Rodrigo. No podía ser—. ¿Cuándo fue la última vez que...?

—Anoche, era la despedida —admití avergonzada—. Para estar con otro, ¿qué mejor que con él? No me hagas sentir culpable.

—Tú misma. Pasé por algo parecido con tu hermano, pero no permitimos conformarnos con sexo, no si hay amor. Y fíjate si lo había, Liam es la prueba de ello. —Me incomodé sin motivo—. En fin. Te repito la pregunta que realmente importa aquí, ¿estás segura de que él opina como tú?

Creí que me explotaría la cabeza con sus razonamientos.

—Abie, ahora vuelvo, ¿vale? —Asintió.

Salí corriendo hacia la cocina. Rodrigo acababa de soltar el teléfono y buscaba copas para llenarlas del vino que yo había traído, el más vendido del supermercado en el cual trabajaba. Haciéndome recordar que ni siquiera me había dado un baño.

Seguía con el uniforme...

—¿Podemos hablar?

Me miró por encima del hombro, afirmó y chasqueó la lengua.

—¿Has intentado decirme que me querías cuando tomaste la decisión?

Dio un sorbo a la copa, la apretó entre sus dedos con impotencia.

—Te quería, Michelle, tú lo has dicho. ¿Y sabes cuál es el problema?

—No...

—Que lo sigo haciendo aun sabiendo que no podré tenerte más. —Se me escapó un jadeo de puro miedo. Sentí un vértigo que creí olvidado. Él cerró los ojos—. Ve con tu familia y déjame solo, por favor.

Me maldije una y otra vez. ¡Odiaba poder dañarlo! Pero y qué hacía, no podía fingir que era correspondido. Yo... yo ya no sentía lo mismo. Me negaba a seguir viviendo atrapada en los sueños de otra persona.

—Rodrigo...

—Ya. Mi decisión sigue siendo la misma, te quiero... pero no en mi vida.

## CAPÍTULO 2

Salí disparada de allí, cogiendo rumbo hacia mi habitación, bueno, la que fue mía. Esa se la había quedado Rodrigo y por falta de espacio, añadiendo a la lista mi piadosa mentira, tendríamos que compartirla unos días. Y no quería tenerlo cerca, no tras lo que acababa de confesarme. Sabía que de nuevo le estaba dejando el marrón con mi familia, a la que oía bajar, pero me sentía incapaz de darles la cara.

¡¡Malditas navidades!!

La nostalgia me embargó, devolviéndome los momentos de complicidad que habíamos vivido allí. Incluso el olor de nuestras pieles fusionadas pude percibir como si fuera real. Veía las imágenes, amándonos. Riendo. Llorando de felicidad. Y como la canción... se dedicó a perderme.

—¡Basta, Michelle! —Me obligué a recular.

Entré en el baño y me di una ducha tan rápida que actué de forma robótica. Al salir con el albornoz enrollado, me percaté de que entraba Rodrigo. Con un carraspeo me cubrí bien. Idiotamente, sí.

—Han salido todos al centro comercial mientras llega la cena, por las fechas y dado que estamos en el campo, tardarán —me informó desganado—. Tus maletas están en la puerta, no es entendible que estén abajo.

—Vale. Rodrigo, yo...

—Déjalo. Voy a darme un baño. —Me quedé de piedra cuando vi que empezaba a desprenderse de las prendas allí, en mi presencia, ¡en la habitación! A unos pasos le esperaba el aseo, ¿qué hacía?—. Deja de poner esa cara, no me dirás ahora que te asusta verme desnudo. Anoche...

—¡Ya! —Me saturé—. No eres el único que se ha equivocado al actuar de una forma que no era la correcta. De una que no nos hacía ningún bien.

Le di la espalda, sin permitir que un tonto error nos llevara a confundir más la situación. No más sexo. Lo de hacía unas horas y días atrás permití que sucediera porque ni por un segundo imaginé que cuando acabamos todavía me quería. ¡¡Era una locura!!

¿Entonces por qué no luchó?

—Me preparo y te espero abajo —le informé, incómoda—. La cena estará por llegar y quiero tenerlo todo listo para cuando vuelvan.

—Bien.

No tardé en hacer lo que decía.

Una hora y media más tarde sonreí al ver la mesa lista, ocupada por las personas que más quería en el mundo. Faltaba Rodrigo, que había salido a petición de mi familia; el motivo lo desconocía. Solo me había propuesto disfrutar de la velada.

Liam en mis brazos, cómo no. Haciéndome reír.

Y la chimenea dándole el ambiente cálido que perseguíamos.

—Ya está aquí Rodri —anunció mi padre con ese acento tan gracioso al pronunciar su nombre—. Ese brindis y que nadie se emborrache, eh...

Todos soltamos una carcajada. Pero las que más retumbaron fueron las nuestras... Rodrigo y yo sabíamos muy bien qué sucedía cuando bebíamos, y el chiste era que ya no podríamos permitirnoslo. ¿¡Por qué mi familia había decidido venir a darnos una sorpresa justo cuando yo pensaba irme de vuelta!?

Por culpa de sus planes estaba metida en un lío, y gordo.

Tras la estupenda cena mi casa se convirtió en una fiesta, con detalles que yo llevaba evitando todo el mes. Reunidos en el salón y decorando como según mis padres era necesario. En tres días una multitud de regalos ocuparía el pie de aquel árbol.

Y yo, curiosamente, sonreía.

Quizá era la bebida, pero no me resultó tan molesto como imaginé. Observaba a cada uno de ellos y era inevitable que la nostalgia de esas fechas hiciera mella en el encuentro. Todos a una: colaborando, bailando... Rodrigo y yo conteniéndonos.

—Perdón —se disculpó al chocarse conmigo—. Ya que estás, ¿me ayudas? Así acabaremos antes. Esto no se me da bien.

Mamá nos estaba mirando y con un nudo en la garganta, asentí.

—Liam, ven con la tita —llamé al pequeño y me arrodillé junto a él y con Rodrigo. Nos tocó colocar las bolitas—. Cómo te quiero.

—Dámelo, ven con el titi, Li.

El alma se me cayó a los pies. Contemplé la estampa de mi sobrino y Rodrigo, aguantando las repentinas ganas que me entraron de llorar.

Mi mundo en horas era un caos.

Mis sentimientos confusos.

Mi corazón débil.

—¿Por qué haces esto? —susurré. Él se encogió de hombros—. Solo quiero disfrutar de estas malditas fechas, con todos, será el último año.

—Por ello no seré yo quien te lo niegue, Michelle.

Me pasó una bola, sostuvo nuestras manos y juntos la colocamos. Se me escapó una sonrisa de quinceañera, a la que fui correspondida.

—¡Vamos, pareja, fotito! —El grito no podía tratarse de otra que de la traidora de mi cuñada—. ¡Qué estampa más bonita con el niño!

Sin esperararlo, Rodrigo me empujó a sus brazos, acurrucándome en su cuello junto al benjamín de la familia. Los nervios me abordaron al percibir cómo la respiración del que fue mi... *ojazos* se aceleraba.

¿Quise quedarme ahí...?

Sí. Que el mágico instante fuera eterno.

—¡Beso! ¡Beso! —vitorearon el resto.

—Eso en la intimidad —propuso tenso, Rodrigo.

—¡No seáis antiguos! —se quejó mamá.

—No pasa nada —siseé.

Sin darle mayor importancia, me retiré y complací los deseos de los invitados. Apenas fue un roce de labios, discreto. Nada del otro mundo. Tampoco me permití verlo como más que eso. Sabía cómo era la navidad, pero luego estaba la realidad.

Y ambos la conocíamos muy bien.

—Una tregua —musitó en mi oído. Me encogí, estremeciéndome—. Seamos la pareja que esperan aquí. En la habitación seremos compañeros de cama, que ni siquiera se rozan. Es lo único que quiero antes de que te vayas y no vuelva a verte. Tú has hecho tu petición antes. Esta es la mía.

—No seré yo quien te la niegue, Rodrigo —repetí su frase. Y le guiñé el ojo—. Un trato justo, y actuando... no te gana nadie.

—Lo haré por tu familia —se burló. Tuve que echarme a reír—. Me temo que pasaremos más horas juntos esta semana que en los últimos nueve meses de nuestra vida en pareja.

¡Zas!, otro latigazo intenso y doloroso me azotó en lo más profundo de mi alma.

Entrelazó con ternura nuestros dedos. Y observándolos añadí:

—Triste reflexión, pero cierta... No la empañemos entonces.

Fue a responderme...

—Bueno, chicos, nos vamos a dormir —mencionó mi padre, interrumpiéndonos—. Estamos cansados. Mañana más y mejor.

—Nosotros también, el peque ya tiene sueño —añadió mi cuñada.

—Buenas noches —susurré nerviosa, pensando ya en lo que vendría.

—Subamos —ordenó Rodrigo entendiendo mi tensión—. Recuerda el pacto. Todo estará bien.

Lo hacía, ¡claro que sí! Vivirlo sería diferente, joder. Nada más entrar en la habitación me senté en la cama, de espaldas a Rodrigo. El cuerpo me pesaba de la presión que recaía sobre mis hombros. No era como la noche anterior. No podríamos ni rozarnos. Ya no.

—Michelle, soy yo, no tienes por qué estar así.

—Lo sé...

Sin mirarlo me acerqué a mis maletas y saqué un pijama, lo creía más apropiado que un camisón. Seguidamente entré en el baño, me cambié y me observé en el espejo. No me reconocí, algo había variado en mi semblante. Pero no quise pararme a pensar.

Cuando regresé a la habitación, Rodrigo estaba tumbado, bocarriba.

Con un suspiro me acomodé a su lado, manteniendo las distancias.

En el ambiente se palpaba la incomodidad.

—Cada mañana cuando despiertes no estaré, para que puedas prepararte tranquila, no voy a molestarte, Michelle. —Rompió el hielo. Sentí recaer su mirada sobre mí. No le correspondí. Me limité a cerrar los ojos y asentir—. Prométeme que vas a confiar en mí y que cada día podremos superarlo así hasta que te marches, sin este silencio tan duro. No nos comportemos como desconocidos a pesar de esto, no lo soportaría.

—Ni yo... Buenas noches, Rodrigo.

—Buenas noches, Michelle.

¿Seríamos capaces de mantener la distancia estando tan cerca? Cuando me atreví a clavar mis ojos cansados en él, aunque una vez más, sin mirar directamente los suyos, continuaba estudiándome. Negó con la cabeza, alzó la mano y con la ternura que lo caracterizaba, que hacía mucho había desaparecido, me acarició el dorso de la mano. Instintivamente la abrí y le devolví el gesto. Las chispas saltaron entre nosotros, pude percibir su control, esas ganas de tocarme, tenerme...

«Tienes que ser fuerte, Michelle».

—Hemos bebido —le recordé.

Se apoyó sobre el codo y sumergió la mano entre mi cabello suelto. Cerré los ojos y recordé la noche anterior. Empezamos justo así. Yo acababa de llegar de fiesta y me asomé a su dormitorio, enseguida me cedió un hueco en su cama. Mantuvimos la misma postura, tensos, era la despedida... y lo sabíamos. Pero se echó sobre mí y salvajemente se coló entre mis piernas, embistiéndome con dureza, como si fuéramos dos personas desesperadas que no se resignaban a perderse y por ello se habían abandonado a la pasión, sin sentido... hasta que terminó sin respiración sobre mi cuerpo. Segundos después, y en silencio, me marché con una sensación diferente que no quería volver a recuperar.

Por lo que, en ese instante, me vi obligada a retroceder al ser consciente de que estaba a punto de caer de nuevo.

—No puedo, Rodrigo, se acabó —susurré con impotencia—. No es sano, ¿no lo ves?

Sentí caer su peso, ¿retirándose?

—Lo sé, Michelle, sé que no debemos joderlo más.

Y no lo hicimos. Cada hora que estuvimos cerca nos comportamos según nuestro pacto. El día 25 nos dimos unos emotivos y cortos besos tras abrir los regalos de Santa Claus, tan fugaces como cuando intimábamos después de la ruptura. Los abrazos no faltaron en medio de tanta festividad. La ficción superó a la que una vez fue nuestra realidad. Fui feliz... no pude negarlo. Volví a serlo.

Aunque el 31 de diciembre todo cambió. Algo dentro de mí lo hizo. Asustándome al no saber de qué se trataba. Sí, más tarde empezaría un nuevo año, pero no era motivo para la tristeza que me embargaba... Me agité en la cama, entre pesadillas que me despertaron una y otra vez. Sin darme tregua. Abriendo heridas que creí cerradas.

—Michelle, Michelle. —Los zarandeos de Rodrigo me sobresaltaron. Terminé sentada, dándome por vencida esa mañana—. ¿Estás bien?

—Creo que sí. —Lo esquivé.

Contemplé a la nada, al vacío. Fuera nevaba. La humedad se percibía incluso con la calefacción... La navidad se hacía más presente que nunca. Y me entristecía. Cuando faltaba alguien querido en esas fechas o atravesabas un mal momento, no ayudaba nada el espíritu navideño. Todo se magnificaba y supuse que de ahí mi drama.

—Michelle, mírame. —Rodrigo me cogió del mentón—. ¿Qué pasa?

—No lo sé.

—Quizá es por lo que se acerca mañana.

Me destapé, enfadada.

—No tiene nada que ver con eso, Rodrigo; basta ya.

Suspiró y me sujetó la mandíbula con fuerza, esa vez no pude rehuirlo.

—Dime que no tienes miedo de decir adiós y...

—No lo menciones. —Le cubrí los labios con dedos temblorosos. Ahí fui consciente de que no sabía si estaba preparada para aceptar que... ¡No, Michelle!—. Ya tendremos tiempo de despedirnos.

—Un día —me recordó.

—Así lo decidimos, Rodrigo. Es lo que queríamos, ¿no?

Inmovilizó mis manos con su derecha y con el dorso de la izquierda me acarició la mejilla. Me negué a mirarlo, cada segundo recordaba la frase de Abie y ¿de qué me serviría descubrir que era verdad? Que seguía enamorada. Él tampoco me quería ya en su vida, todo era un papel; y yo me mantenía en la misma postura: no estaba dispuesta a sacrificar mi futuro por sus ambiciosos sueños. Ya no.

No era justo para mí.

—Voy a prepararte un baño. —Negué con ironía, no era necesario que fingiera en las cuatro paredes de nuestra habitación. Y eran las siete de la mañana, el resto no se levantaría hasta pasadas las ocho—. Me da igual si nadie ve esto o no. Me importa una mierda todo a estas alturas.

—No me hables así.

—Pues no te opongas. No hoy. —Se incorporó y antes de entrar en el baño, añadió—: Llevo más de nueve noches durmiendo contigo, sin tocarte ni rozarte, cuando fuera eres mía. Hazme creer un maldito día más que aquí dentro lo sigues siendo. Mañana todo esto acabará, Michelle. Y no estoy preparado para verte marchar sin saber lo que es tenerte una vez más. No hablo de sexo, voy más allá, lo sabes. Aunque tú ya no lo sientas.

—Rodri...

—Ven. —Estiró el brazo hacia mí—. Por favor.

Su súplica, no solo con palabras, sino con cada uno de sus sentidos, me ablandó. Me di por vendida y lo seguí. No imaginaba su plan allí.

—¿Qué haces?

—No vas a entrar a la ducha con ropa, ¿no? —Fruncí el ceño—. No voy a tocarte, ni siquiera a acariciarte, solo a desvestirte.

—Dijimos que...

—Chis. Confía en mí —dijo, rodeándome—. Relájate.

Cerré los ojos, permitiendo que se deshiciera de mis prendas como otras tantas veces había hecho, pero no en la misma situación. Mi piel se erizó. Mi cuerpo casi convulsionó de deseo, de las ganas que tenía de volver a estar con él. Algo lógico, el sexo entre nosotros era brutal. Pero era pasado. No podíamos olvidarlo. Me lo recordaba cada instante.

—Entra —musitó cuando menos lo esperé. Dejé de rozarme y me colé en la bañera. Volví a cerrar los ojos. Entonces lo sentí posicionarse detrás. Gemí. Él gruñó en cuanto nuestras pieles se friccionaron. Seguidamente me rodeó entera—. Quiero que te vayas con un buen recuerdo, Michelle. Lo necesito.

—Y lo haré, entre nosotros no ha pasado nada grave para que cuando me marche te recuerde como un error. Y si es así, has sido el error más bonito de mi vida. A pesar de lo sucedido después.

—¿Te das cuenta de lo que acabas de decir?

—Déjalo, por favor... —gemí, siendo realmente consciente de ello.

Eché la cabeza contra su pecho. Sus manos envolvieron mi cintura.

Ambos dejamos escapar otro quejido, en esa ocasión lastimero. No tan salvaje como el anterior. Nos enfrentábamos a la cruda realidad. Y yo tenía preguntas, ya que por más que las pensara, no tenían lógica. No la encontraba.

—Rodri, ¿por qué si me querías permitiste que nos sucediera esto?

Suspiró contra mi sien. Atento. Amoroso.

¿Qué estábamos haciendo?

—Porque sabía que no eras feliz. —Nos hundimos hasta sumergirnos por el cuello. Habíamos retrocedido en el tiempo y dolía—. Me negaba a condenarte así, Michelle. No podía. Sufría cada vez que te hacía un desplante, pero quería cumplir mi sueño, nada iba a cambiar y no podía permitir sentirme toda la vida culpable de tu desdicha.

Me besó el cabello y me estrechó con ímpetu. Tontamente creí derretirme. ¿Cuánto tiempo hacía que no nos mimábamos así?

Y él tan cercano, cariñoso.

—En eso también consiste el amor, ¿no? —Supe que se hacía el duro—. En dejar ir a la persona que amas cuando sabes que no le puedes dar lo que necesita. Aun destrozándome en pedazos al ver que ya no

me mirabas igual, que te apagabas. Sabiendo que me había convertido en una carga porque así lo había decidido yo mismo el día que oí como hablabas con Cristina e inventé que había estado con amigos, ahí me di cuenta de lo egoísta que estaba siendo y me replanteé todo. Sufriendo, pero mi recompensa es saber que volverás a ser feliz. A recuperar la vida que quieres de verdad.

En silencio permití que las lágrimas inundaran mis mejillas con sus inesperadas confesiones. Desde fuera podíamos ser la perfecta imagen de una pareja, abrazados, con los pies entrelazados.

Sin embargo, no había besos, lo que nos unía era la tristeza al recordar momentos dolorosos.

—¿Crees que no fue duro tener solo sexo en vez de hacerte el amor?

Arrugué el rostro.

Fue una de las causas por las que pensé y acepté que entre nosotros era lo único que quedaba: la pasión, sin ser suficiente para seguirlo amando ni apostando por un futuro en común. Porque ni en la intimidad era lo mismo de antes...

Él me alejaba a posta.

Y lo consiguió.

—Lo fue, Michelle. Si te hubiese hecho el amor hubieras entendido que te amaba como el primer día.

Follar se folla con cualquiera.

—El amor solo con la persona que...

Me obligó a girar el rostro, hundió los dedos en mi pelo y rozó nuestros labios. Suplicando mis besos. Fue tan delicado que me dolió. Ni siquiera abrí los ojos, me sentía incapaz. Me moría por aquello.

No obstante, me negaba a sucumbir.

—No puedo, Rodrigo.

—Pudiste la noche anterior de que tu familia viniera —presionó insistente. Con la voz ronca, cargada de sensualidad.

—Tú también, pero al día siguiente cambiaste de actitud sin sentido. ¿Por qué? —imploré una sincera respuesta. Estaba volviéndome loca.

—Cuando llegaste leía una propuesta de trabajo, la que siempre había esperado. —Sollocé en voz alta al entenderlo—. Sí, Michelle. Me decepcioné conmigo mismo, porque a pesar de descubrir la noche anterior que jamás podría dejar de amarte al sentir que te perdería al día siguiente, elegía aquel maldito contrato cuando tú, sin pensarlo, me apoyaste siempre. Me odié cuando diste por terminado lo nuestro sin más, era obvio. No merecía otra cosa. Lo busqué así.

Percibía su aliento cerca. Me alejé unos centímetros, centrando mi mirada en cualquier parte, excepto en la suya. Finalmente, terminé fijándola en la vena de su cuello, que se le acentuaba cada vez más.

Me negué ante el acercamiento que perseguía.

—Lo siento. Tú decidiste esto. No me culpes de desencantarme contigo por ser capaz de elegir tu sueño antes que a mí. En Manhattan lo tenías.

—No era suficiente.

—Ni para mí lo que tú me ofreces... No con lo que siento ahora.

Me aferró por la nuca, encarcelándome sin opción a escapar.

Se percató de mis lágrimas y las secó con rabia.

—¿No queda nada de amor en ti, Michelle?

Valoré mirarlo a los ojos, descubrir respuestas, pero antes necesitaba conocer la suya. No me arriesgaría, después de tres meses, a salir dañada cuando ya tenía asumido que no estábamos hechos el uno para el otro. Le había sucedido como mencionaba la canción de Pastora Soler: tenemos la mala costumbre, de echar en falta lo que amamos... *solo cuando lo perdemos es cuando añoramos...*

—¿Cambiaría algo mi...?

Me interrumpió, pegando su frente a la mía. Basta, por favor.

—No, Michelle. Pero necesito que seas sincera.

Me dije que tenía que ser fuerte. ¡Sí, él era un egoísta!

Me retiré, levantándome rápidamente, lejos, y susurré:

—Lo siento, todo lo que sentía por ti se murió en el instante en el que permitiste que así sucediera...

## CAPÍTULO 3

La tensión se percibió en la cena. Ya estábamos pendientes de las famosas uvas. Había oído desde niña que era mala suerte empezar el año con el ánimo tan bajo como el que yo poseía, pero tampoco podía remediarlo. Estaba hecha un lío.

Tenía todo claro, pero a la vez nada.

—Vamos a lanzar unos cohetes —propuso mi hermano—. Que el cielo esté iluminado cuando llegue el 2017.

—Una idea estupenda. —Me sonrió mamá mientras cogíamos las chaquetas. Liam dormía, avivando aún más mi lado tierno—. Yo sé lo que pasa, Michelle. Te conozco demasiado.

—Ah, ¿s-sí?

Me dio la mano de camino hacia fuera.

—Que no quieres alejarte de Rodrigo. —Miré el cielo despejado, aguatando la emoción—. Pero pronto os veréis. No sigas tan decaída.

Inocente...

Sus brazos pronto dieron pasos a otros que, sin saber por qué, me rodearon desde atrás. No me negué a pesar de reconocerlo únicamente por su tacto. Observé las estrellas, las luces de los proyectiles lanzados, con su rostro descansando en mi hombro.

—No quiero que terminemos el año así —me confesó al oído—. No quiero que te vayas así. Distantes, enfadados. No lo soportaría.

Instintivamente me giré y lo abracé desesperadamente. Aferrada a su corbata, refugiándome en su pecho. En el que, por cientos de noches, fue mi lugar preferido en el mundo para evadirme de cualquier problema.

—Aunque nada cambie... yo tampoco, Rodrigo.

—Eh, ¡las uvas! —nos interceptó mi padre.

De la mano y sin atreverme a clavar mi mirada en la suya, nos alejamos y salimos corriendo hacia dentro, con la adrenalina trotándonos por las venas. Casi nos atragantamos, como de costumbre. Llegaron los besos, las felicitaciones... Las malditas lágrimas. Y una vez más, Elliott propuso un brindis que en esa ocasión no vino nada mal. Tenía la garganta seca. El miedo no me permitía casi ni articular palabra.

—No olvidéis pedir un deseo —nos recordó Abie.

—¿Tienes claro el tuyo? —Qué nudo se me formó en la garganta. Me quedé sin saber qué responderle a Rodrigo—. Yo sí. Créeme, ahora más que nunca. Así que no me decepciones.

—¿Q-Qué quieres decir?

—¿Salimos un rato? —cambió de tema.

Acepté el brazo que me ofrecía y nos encaminamos hacia el porche. Empezaba a nevar. El césped se cubría de blanco mientras nos tomábamos la copa en silencio.

Era un precioso paisaje. Hacía frío, pero yo no temblaba por ello. Más bien por la compañía. Dejé caer la mano derecha. Sus dedos rozaron los míos. Instintivamente le acaricié la mejilla.

—Cómo es la Navidad —comenté pensativa. Contuvo el aliento, atrapando mi mano—. Hace que todos nos unamos un poco. Que cualquier detalle parezca bonito. Que estemos sensibles, ¿no te lo parece?

—Incluso que pienses que cosas que no podían ser, sean posibles.

Fruncí el ceño. Me invitó a brindar de nuevo. Allí, bajo la luz de la luna del nuevo año que acababa de entrar... choqué nuestras copas.

—Porque se cumplan tus sueños en este 2017 —mencionó. Me tembló el labio al sonreír—. Y los míos, sobre todo uno.

—Claro...

Imaginé sobre qué tratarían los suyos.

—¿Tienes frío? —Negué—. Tu cuerpo se sacude, no dice lo mismo.

Traté de fingir que todo estaba bien y me agaché, formando una bola de nieve que fue a parar contra su vientre. Rodrigo se sorprendió, dejó la copa en el suelo y vino a vengarse. Como una niña pequeña salí a correr, terminando de culo contra la nieve, como mi copa casi vacía. No pudimos evitar echarnos a reír ante la vergonzosa situación.

—Vamos dentro, anda —dijo. Sin esperarlo, me cogió en brazos. Forcejeé para que me soltara, pero no funcionó hasta que no me puso a salvo dentro de casa, donde bailaban Elliott y Abie acaramelados—. Ejem...

—¡Déjalos! —Empujé a Rodrigo, bromeando. Sin embargo, como en las películas, me apremió contra él. Ciñéndose a mí—. Cuidado...

—Mírame de una vez. —Alzó la cabeza por encima de mi hombro. ¿A quién buscaba? Y esa frase... me ponía la piel de gallina—. Ambos lo necesitamos, ¿no lo ves?

—Si te digo la verdad, no me estoy enterando de nada.

—O no quieres hacerlo.

Sinceramente, no supe en qué momento metí la pata. Mientras disfrutaba de aquel entorno que tanto había echado de menos en los últimos meses, clavé mis ojos en los de Rodrigo, que me observaban con intensidad, profundidad. Nos quedamos así por eternos segundos y ahí fui consciente de que mi cuñada no mentía. Reconocí la verdad.

Una que dolía y rasgaba el alma.

Me dejé llevar por mis impulsos y me arrojé sobre Rodrigo. Sin importarme si nos veían, si no. Aquello no formaba parte del papel. Necesité fundir mi boca con la del hombre que, sin duda, amaba todavía. Mientras aguantaba las lágrimas... Fue precioso, especial.

Sus labios me recibieron con pasión, incertidumbre, desesperación. Con el más fiero de los deseos. Desprendiendo un desgarrador amor. Que también latía en mi corazón.

—Liam se ha despertado —oí a papá entre risas, que se había mantenido al margen con mi madre viendo la gala típica de televisión llena de cantantes, cómicos. Desfiles... Festejando la entrada del 2017 —. Los abuelos cuidaremos de él... Disfrutad los cuatro. Feliz Año Nuevo, familia.

Sin separarme mucho de Rodrigo me despedí de mis padres.

Mi hermano y mi cuñada nos observaron y, con muecas picaronas, nos dijeron:

—Adelante... Despedíos a lo grande.

—Gracias, cuñado —respondió mi *ojazos*—. No te haces una idea de lo que necesitaba esto. Te confieso que yo tampoco la tenía hasta que han llegado las malditas navidades y me la han jugado con vuestra visita.

—¿Tanto así? —bromeó mi hermano—. ¿Qué me he perdido?

—Ya lo descubriréis. —¿Hablaban en clave?—. ¿Lista, Michelle?

¿De qué iba todo aquello?

¿Acaso importaba?

Moría por dejarme llevar.

—Sí... *ojazos*.

—Dios, cuánto hace que no me llamas así. Joder, ven aquí.

Rodrigo me alzó sobre su cintura y me llevó hasta nuestra habitación. Cerró la puerta y me dejó apoyada contra esta. Sonrió, a mí me temblaba el labio, pero conseguí devolverle el dulce gesto. Sentí que no podía ser más feliz dentro de nuestra burbuja.

La que se rompería al día siguiente.

—No pienses en mañana, ¿vale? —Me obligó a afirmar que así sería—. No te vas a arrepentir. Te lo prometo.

Me limité a asentir, permitiendo que su mano izquierda recorriera mi muslo a través del largo y rojo vestido que llevaba. Gemí entre sollozos. Deslizó los dedos por las medias y las rasgó tan lentamente que supuso una tortura. Dejé la cabeza apoyada hacia atrás, recibiendo un cálido beso que me nubló la razón. Ya solo quise sentirlo dentro de mí, en lo más profundo de mi ser.

Meciéndose como solo él sabía hacerlo.

Su piel demandaba el calor de la mía, como sus labios. Muy pronto nos encontrábamos desnudos frente al otro. Sintiéndome tímida por el deseo que desprendía su mirada. Me acercó por la cintura y con cuidado me invitó a tumbarme en la cama. Sus ojos ardieron sobre mí, haciéndome sentir la mujer del principio, la que lo enamoró.

Volvíamos a ser aquella pareja cómplice, una Michelle y un Rodrigo totalmente diferentes. Ese era nuestro reencuentro.

—Siénteme esta noche y mañana hablamos, ¿vale?

—Vale —musité—, pero ven ya, por favor.

Enseguida me cubrió con su cuerpo, mimándome, adorándome, contemplándome. Sus caricias eran puro fuego, sobre todo cuando empezó a penetrarme suavemente, fijando sus ojos en los míos.

Empujó, gruñimos y sonríó.

—Vas a saber lo que eres para mí de verdad, Michelle.

—Me estás haciendo el amor. —Solté un sollozo.

—Sí, porque eres la mujer que amo.

Me aferré a sus hombros bebiéndome sus quejidos. Desterrando mis lamentos entremezclados con los suspiros de placer que escapaban de mi boca fundida con la suya. Demostrándome que era tan mía como cuando nos dimos aquel primer beso en un parque de Manhattan. Cuántos recuerdos me acechaban... reafirmandome a su vez que fue, era y sería, siempre el amor de mi vida.

—Siénteme así, cariño —insistió, moviendo las caderas—. Te amo.

Lo envolví, sin permitir que un solo espacio nos separara y bañada en lágrimas que él bebía maldiciéndose, aunque con cuidado, confesé:

—Yo también.

—Michelle —gruñó con dolor—. No puedo amanecer sin ti, ya no.

Entre sollozos de placer no fui capaz de reconocer que... yo tampoco.

No, por favor. No quería despertar, me negaba a que el sueño se acabara tan pronto. Intenté hacerme la dormida, apretando los párpados con fuerza. No podía arrepentirme de lo que había sucedido y no lo hacía, pero dolía más la despedida. Moría al pensarlo.

—Buenos días —susurró contra mi espalda. Se encontraba acurrucado detrás de mí, apretándome. Fundidos—. ¿Tienes hambre?

Tragué saliva al apreciar cómo sus manos se llenaron de mis pechos. Mis pezones se irguieron. Volví a sentirme húmeda, excitada. Su pene duro latía contra mi trasero.

Me hallaba al límite. Y tenía miedo.

—Rodri...

—Te quiero. Y tú a mí. —Pegó su boca a mi cuello.

—Ya hemos...

—No, por favor, Michelle, lee esto. Necesito despertar cada día a tu lado —Sobre el colchón cayó una carta—. Ahora hablamos. Voy a preparar el desayuno. ¿Me oyes?

Sentí su última caricia en mi mejilla antes de marcharse. Dejándome vacía y con la soledad que me temía. ¿De qué nos había servido una noche tan romántica y emotiva en la cual nos habíamos entregado con los cinco sentidos? Al cerrar los ojos revivía los momentos vividos. Su lengua repasando cada rincón de mi tembloroso cuerpo por él. Su entrega al hacerme el amor —no follar- como hacía casi un año

que no sucedía.

Me demostró tanto... ¿¡Y para qué!? Nos amábamos, sí, pero ninguno estaba dispuesto a renunciar a su vida.

Me hubiera gustado oír de sus labios: *lo dejaría todo*, como otra de mis canciones favoritas, que quedaban en eso, un deseo.

Miré la carta, la estrujé contra mi pecho, pero no me atreví a abrirla. Mentalicé las palabras que se esconderían tras ese precioso sobre rojo. Me pediría que me quedara, querría convencerme. No podía.

Esa mañana, la nieve que cubría parte de mi ventana no me parecía tan maravillosa como el día anterior. Ni el olor a Navidad.

Ya nada era igual.

Llena de dolor y sin querer postergar más tiempo mi marcha, empecé a prepararme. Lo hice lo antes posible para que Rodrigo no tuviera oportunidad de ablandarme; tras lo sucedido estaba a un paso de arrepentirme, pero mi parte más racional me recordaba que sería un error. Pues sería feliz quizá ese día y los posteriores, pero ¿y luego?

Cuando él regresó se congeló al verme lista.

Le rehuí la mirada.

—Te vas —escupió decepcionado—. ¿No tienes nada que decirme?

Dio unos pasos hacia mí.

—Michelle, háblame.

Acorté la distancia y deposité un doloroso beso en sus labios.

Gruñó, esquivándome.

Era insoportable sentir tanto dolor. Nunca creí que me ocasionara ese daño la despedida. Qué imbécil había sido al pensarlo.

¡Lo amaba!

—¿Te vas a pesar de lo que sabes? —insistió menos paciente.

—Es mejor así... Adiós, *ojazos*.

Avancé hasta que con un atronador ruido me obligó a girarme, sobresaltada. La bandeja con el desayuno había aterrizado en el suelo. Sus facciones estaban irreconocibles. Llenas de rabia. Impotencia.

—Si sales por esa puerta sin mí... —Señaló con dureza hacia esta—, no te lo perdonaré nunca, ¿me oyes? ¡Nunca!

## CAPÍTULO 4

—Mira cómo estás —me reprochó mamá en el aeropuerto—. No entendemos por qué Rodrigo no te ha acompañado hasta aquí.

—Porque es duro, yo no podría separarme de mi mujer.

Miré a esta, a Abie. Y llorando le pedí:

—¿Me acompañas al baño?

Mi cuñada soltó al pequeño y se vino conmigo, estrechándome con fuerzas en el pasillo de los servicios. No podía contener el llanto. No soportaba el tormento tan intenso que me perforaba el pecho.

¡Maldito Rodrigo!

—Creí que lo solucionaríais —musitó Abie, acariciándome el cabello—. ¿No te ha dicho nada que cambie esta situación?

—¿¡El qué!? —Me maldecí—. No sé cómo voy a vivir sin él.

—¿Y por qué eliges esto?

¿¡Encima yo era la culpable!? No era mi elección, no era cuestión de decir: me quedo contigo. Hablábamos de igualdad. De encontrar un equilibrio para que los dos fuéramos felices, no solo Rodrigo. Pero ni este ni ella parecían entenderlo. No se ponían en mi piel.

—Qué fácil es hablar, Abie. Sobre todo cuando no has tenido que sacrificar años de tu vida para amoldarte a la de otra persona. ¡Se acabó!

Se percató de mi rabia directa contra ella.

—Bien. Nuestro vuelo va a salir... Lávate la cara e intenta calmarte.

Qué idiota fui al creer que lo tenía superado. ¿Cómo no me había dado cuenta? Una parte de mí se sentía resentida con Abie. Ella me había empujado a enfrentarme a la verdad. La noche anterior se había aliado con Rodrigo, sin que Elliot ni yo lo supiéramos, para que aquel cruce de ojos sucediera. Mi perdición.

—Vamos —le dije al acabar.

Mi familia nos esperaba. Mi padre terminó por sacarme de mis casillas. Sin culpa alguna, pero haciéndome explotar.

—Cielo, sé que estás así porque te vas sin Rodrigo, pero...

—¡Basta ya! —grité antes de ir hacia la puerta de embarque—. Se acabó ya de suposiciones, ¿vale? Rodri y yo...

—¡¡Michelle!!

—¡Oh! —chilló mamá—. Lo sabía...

No podía ser. Me di la vuelta frente a los rostros emocionados de mis familiares, reconociendo

perfectamente aquella voz. Él venía, sí, *él*... corría hacia mí, desesperado, desencajado. Aterrizó prácticamente al chocar contra mi cuerpo. No me dio tiempo a reaccionar cuando me acunó la cara. Su respiración iba a mil por hora. A mí se me había olvidado cómo se hacía. No quería hacerme ilusiones. ¡Dolía!

Más lloré al ser consciente de que lo podía perder para siempre.

—¿De verdad te vas a ir sin mí? —Asentí entre lágrimas, rozándome con sus dedos—. Te estás llevando todo lo que tengo, ¿lo sabes?

—N-No te entiendo. ¡No juegues!

—La carta, Michelle, ¿la has leído?

Confusa, bajé la mirada y rastree los bolsillos de mi chaqueta.

Temblorosa, la encontré en la parte izquierda. Rodrigo me la arrancó y en voz baja, creando un ambiente muy íntimo, empezó a narrar.

*Después de haberte amado durante casi toda la noche, sé que eres justo lo que quiero en mi vida. No me importa dónde, solo quiero que sea a tu lado. Pídemelo que me vaya contigo, pídemelo que lo deje todo como tú una vez hiciste por mí. Me niego a renunciar a ti. Sé que te he hecho daño, que quizá no merezca una nueva oportunidad por apartarte de mi lado para poder seguir mi camino. Tienes razón, allí lo tenía todo y la ambición me pudo, alejándome de lo realmente importante en mi vida, que eres tú, la mujer que quiero, amo y adoro por encima de cualquier cosa. Me ha hecho falta sentir que te pierdo para entenderlo. VERNOS envueltos en estas fechas tan nostálgicas para aceptar que te amo tanto que no soportaría verte marchar. Pídemelo, por favor, cariño. No imagino despertar de otra forma diferente a la de hoy. Dime que nuestros destinos estaban escritos. Que tu mirada no mentía cuando te hacía mía. Que seremos uno solo el resto de nuestra existencia. Ese era mi deseo; dime, por favor, que también el tuyo.*

Creía desfallecer cuando de nuevo me miró a los ojos, suplicándome en silencio. Buscando en los míos ese amor que percibía, el mismo que yo le había asegurado hacía días que había muerto. Me dejé caer contra la pared más cercana, envolviendo mi cuerpo con mis manos.

¿Era real? No quería despertar de ese sueño.

Ya había tenido el mismo miedo en la mañana.

—Michelle. —Rodrigo se arrodilló y apoyó su frente contra la mía. Lloraba como yo—. Te amo, ¿no lo ves?

—¿Por qué nunca te volví a mirar a los ojos? —me reproché en voz alta.

—Porque no podía permitirte. No lo merecía. Dime que me perdonas, por favor, me estoy muriendo ya sin ti y todavía no te has ido. Buscaremos soluciones.

—Mi ojazos...

—Quiero volver —suplicó cerca de mi boca—. Quiéreme como antes.

Tiré de su chaqueta contra mí, sin importarme cuántas personas nos observaban mientras esperaban los vuelos para volver a sus hogares.

Estaba allí, con el hombre de mi vida y solo quería besarlo.

—Aunque no lo supiera, nunca he dejado de hacerlo. —Sonreí entre lágrimas, secando las suyas con besos tan sutiles como desesperados—. No vuelvas a dejarme, Rodrigo Galán. No te atrevas.

—Entonces cástate conmigo, Michelle Miller. El día que siempre habíamos soñado.

Metió la mano en el bolsillo de su pantalón y en cuanto vi la cajita no contuve la emoción. Me lancé sobre él, haciéndolo caer hacia atrás.

Lo besé, lo besé con todo ese amor que siempre había existido, aunque callado, en mi interior y le dije que sí en presencia de todos los que allí aplaudían. Y ahí descubrí otra verdad escondida.

—Han sido las navidades más maravillosas de toda mi vida, Rodri. —Rodó, dejándome debajo de él. Los murmullos aumentaron.

—No me has respondido.

—¿Es necesario?

—Sí. —Apenas podíamos hablar—. Dime que seremos felices. Que lo nuestro será para toda la vida.

—Te lo prometo... Destinos escritos, ¿recuerdas?

Había sido las mejores navidades y estaba por llegar ¿el mejor San Valentín?

Sonreímos entre besos por esas propuestas que jamás olvidaríamos.

Y que cumpliríamos... haciéndolas realidad.

Es lo que deseábamos creer.

## CAPÍTULO 5

Besos, abrazos, caricias, complicidad... compartimos en el vuelo. Según aterrizamos en Manhattan fuimos directos hacia el hotel más cercano al aeropuerto, así lo habíamos hablado. Necesitábamos nuestro momento, vivir en la intimidad el comienzo de una nueva etapa. De la mejor. El próximo mes sería la mujer de Galán. ¡Decidido!

Íbamos de la mano entre risas, como dos locos desesperados por estar solos. Mi familia se había llevado, divertidos, parte de mis cosas. Rodrigo no trajo equipaje, pero ya tendríamos tiempo de sobra para organizarnos. En ese instante nada importaba.

—Te amo, te amo —repetía al entrar en la habitación y estrecharme contra él—. Necesito hacerte el amor, sentirte mía para siempre.

—Nunca he dejado de serlo.

Le sonreí coqueta y empecé a desnudarme. Él se echó a un lado, disfrutando del espectáculo que le ofrecía. Observaba mi cuerpo como si jamás lo hubiera tocado, con la lujuria instalada en sus salvajes facciones. Con cada prenda que caía más tenso se ponía, entonces me dispuse a desvestirlo una vez estuve en ropa interior.

Tentarlo. Seducirlo. Provocarlo.

No lo soportó más y me subió sobre su cuerpo, apuntando su duro miembro contra mi cavidad... y empujó hasta estar en lo más profundo de mí. Dejamos escapar un gemido de puro goce. Hacíamos el amor de pie, entre besos apasionados, lentos, como los movimientos de su cadera. Pero no era suficiente. Necesitábamos más una vez que llegamos a la cima del placer por primera vez.

Queríamos sentirnos plenamente en todos los aspectos. La noche era larga para jugar.

Por lo que nuestras lenguas recorrieron sin piedad la piel del otro. Mirándonos a los ojos nos saboreamos mutuamente. Navegó entre mis delicados senos. Se paseó por el triángulo de mi intimidad como yo gocé deleitándome con el suyo. Éramos insaciables.

—Ven aquí —me ordenó, subiéndome a horcajadas encima de sus piernas. Se dejó caer hacia atrás en la cama. Me incliné hacia él, volviendo a buscar sus labios. Sonriendo mientras volvía a penetrarme de nuevo—. Tengo algo que decirte.

—Lo que quieras...

—Firmé el contrato —confesó con un nuevo empujón. Jadeé y lo contemplé—. Perdóname, por favor.

—No, Rodri... —me quejé contra su boca—, lo has prometido.

Me dejé guiar por sus manos, que dominaban mis caderas, hasta que los temblores nos acecharon, rompiéndonos en diez mil pedazos juntos. Uniéndose nuestros fluidos en uno solo, como nosotros...

Sentí cómo se vaciaba dentro. Una sensación maravillosa, empañada por su inesperada noticia. ¡Más promesas rotas!

Agotada, decepcionada y confusa, caí contra su pecho.

—¿¡Por qué!? —protesté y lo golpeé. Él acariciaba mi espalda con la yema de sus dedos, produciéndome cosquillas—. ¿Por qué no has sido sincero conmigo? No soporto más que tomes decisiones sin mí. ¿No entiendes que solo quiero ser feliz contigo?

—Temía perderte. Sabremos hacerlo, viajaré... y volveré. No tenemos que verlo como algo negativo. Solo en este caso. Si rompo el contrato lo estaría incumpliendo y...

—No me mientas —acabé la frase—, es por tu ambición de tener más.

—Sí, pero ya no se trata de ser el mejor, sino de labrar un futuro juntos. ¿Crees que es fácil empezar de cero aquí? Sé realista, Michelle.

Una nueva mezcla de sensaciones se apoderó de mí.

—Quiero darte la vida que te mereces y este papel protagonista es lo que necesito —confesó, abrazándome muy fuerte—. Empezamos a grabar la temporada duramente en días... Luego podré hacer frente a todos nuestros sueños, me amoldaré para no fallarte; te prometo que merecerá la pena esta separación temporal. Por la agencia de viajes, la casa grande para llenarla de niños. Dame tiempo. Entiéndeme, no podía dejarte ir.

—Mintiéndome. Ocultándome decisiones que nos han hecho daño antes. La carta era una promesa desesperada parar retenerme.

—Lo sé, joder, lo sé. No quiero estar sin ti, ¿no lo entiendes? Esta vez cumpliré todo. Espérame... Mañana he de volver a Madrid...

El mundo se me cayó encima. No supe cómo reaccionar. Si gritar, reprocharle o, por el contrario, seguir amándolo durante las horas que estuviéramos juntos. Lo amaba demasiado y su corazón latía por mí, fuerte, nervioso, temiendo un nuevo rechazo. ¿¡Cómo hacerlo!?

—No te pido que renuncies a tus sueños. —Mis temores eran tan grandes como las eternas promesas que nos habíamos hecho—. Lo que me daña es que me sustituyas por ellos. Sabes que siempre te apoyaré mientras los compartas conmigo.

—Tú eres mi sueño. Nunca lo olvides, te amo y siempre será así, ¿recuerdas la frase que mencioné cuando estábamos tan mal? —Lo hice: «Nunca lo dudes, pase lo que pase, ¿me oyes?», repetía—. No puedo perderte, ya no. Me niego, no sé vivir sin ti. Te prometo que cuando regrese te compensaré. No volveré a fallarte.

—No sé si creerte. —Me derrumbé—. Acabas de hacerlo, Rodrigo.

Horas antes creíamos poder con todo, pero ¿existía el vivieron felices y comieron perdices? Eso no era la realidad. La vida no se basaba en un punto y final que nos asegurara que desde entonces todo saldría bien. Cada día era una nueva batalla. Sí, la vida nos ponía a prueba.

Lo difícil en este mundo era superarlas.

Y él tenía razón, había dejado todo en Madrid, los ahorros no nos durarían y vivir de sueños no se podía.

—Mírame y dime que me amas —suplicó acunando mi rostro—. Por favor, cariño.

—Te amo, ¿pero es suficiente? ¡Hace meses no lo fue para ti!

—No lo dudes, ya no más —protestó besándome, buscando mi mano, el dedo donde brillaba el anillo de compromiso—. Dime que serás mi mujer pese a todo el próximo mes.

Asentí apoyándome contra su frente. Quería creerlo, aunque las dudas nos avasallaran y pusieran en peligro una vez más lo nuestro.

—Confía en mí. Recuerda... no quiero ni puedo amanecer sin ti sabiendo que no estarás ahí en cualquier otro despertar. ¿Y tú?

Fue lo último que preguntó sin obtener respuesta antes de que volviéramos a dejarnos llevar... a despedirnos. Ya había roto bastantes promesas, ¿sería capaz de cumplir las que acababa de hacerme? Lo dudaba... Solo sabía que mi vida no tenía sentido sin él.

# EPÍLOGO

Sigo aquí, frente al ventanal, con la cara empapada en lágrimas al recordar y ver como en diapositivas lo último de nuestra historia de amor. Lo que nos llevó hasta aquí. Tengo tanto que contarle... Mañana, mañana después de más de un mes sin vernos nos daremos el *sí quiero*, y sé que no es precipitado porque no he podido echarlo más de menos en los más de cuatro años que han pasado desde que empezamos.

Sé que lo querré cada día de mi vida.

Está luchando desde la distancia, sufriendo... Trabajando duro en varios proyectos para seguir cumpliendo promesas. Sí, no me ha mentado.

Ya hemos mirado los planos de la casa de nuestros sueños. La agencia de viajes está en marcha para anunciar la apertura próximamente y... ¿cómo tomará cuando sepa...?

Temo el encuentro, nuestro nuevo reencuentro.

Por sus palabras en cada llamada soy consciente de que lo está pasando tan mal como yo, pero está cumpliendo su sueño. Están valorando su trabajo y esfuerzo, ha conseguido que apostaran por él y yo lo apoyo sin que importen los kilómetros de distancia.

Sabremos compaginarlo todo, ahora lo sé, aunque a veces vayamos a separarnos por cuestión de trabajo, pero sin necesidad de que ninguno renuncie a sus vidas. Sueños. Eso es una pareja.

Voy hasta el sofá y me cubro con la manta. En la víspera de la boda no he querido que nadie se quedara conmigo.

Necesitaba estos momentos para mí.

—¿¡Quién es!?! —pregunto sobresaltada ante el ruido de la puerta del piso que hemos alquilado temporalmente aquí—. ¿¡Mamá!?! ¿¡Abie!?!

Me quedo en el último extremo del sofá, temerosa, hasta que veo su silueta en el umbral de la sala. Empiezo a temblar, sorprendida, temerosa, inquieta porque esto no sea como esperamos. Ninguno da el paso. Bajo la cabeza y apoyo la frente contra mis rodillas, rompiendo a llorar desesperadamente. Lo ha vuelto a hacer... No me ha fallado.

—Chis. —Siento el calor de su cuerpo rodeando el mío. Me aferro a él. El suyo se sacude con la misma intensidad. Lo siento, lo tengo. Es mío—. Ya estoy aquí, cariño. Mírame, bésame. Dime que todo sigue igual. Que estás deseando unirme mañana a mí como prometimos.

Alzo la cabeza y lo contemplo de cerca, acariciando sus angustiadas facciones.

—No sabes cuánto te he extrañado, *ojazos*.

—Joder, ¡lo sé! —Me empuja, abrazándose—. He sentido lo mismo.

Me sube sobre sus piernas, a horcajadas y despacio, como pidiendo permiso, creando esa magia, acerca sus labios a los míos. Su sonrisa compensa cada minuto de soledad vivido.

Recordándome el porqué no me rendí. Sí, lo es todo para mí.

—No volveré a irme hasta abril —susurra cerca de la comisura de mi boca. Me rozo, feliz. No puedo creer que esté a mi lado, besándome, tocándome—. Lo próximo será aquí, en Nueva York, ¿te das cuenta?

—Mi vida... Lo has conseguido de verdad. Estoy tan orgullosa de ti, aunque no suela decírtelo. Te he sometido a tanta presión por querer tenerte conmigo... No sé ni cómo agradecerte tanto. Hoy tengo más claro que nunca que eres tú. Que siempre has sido tú... No te merezco.

—Fui yo el que no te merecí por mucho tiempo. —Busca el contacto con agonía—. Te bajaría la luna de ser necesario.

—Mi ojazos...

La contención nos abandona y permitimos que nuestros cuerpos expresen sin palabras el resto. Lo que nos amamos. Lo mucho que nos hemos echado de menos.

Sintiendo la sensación más maravillosa del mundo, la que él me enseñó: a amar. Demostrándome el por qué no debíamos volver a renunciar al otro pasara lo que pasara. Quizá no iba mal encaminada cuando pensé que no existía el comieron perdices para siempre, sí el vivieron felices. Que a veces las promesas no son olvidadas... sino postergadas.

—Te espero mañana en el altar —pronuncia, ronco y desesperado contra mi boca. No me suelta. Me observa como no creyéndose que estemos juntos por fin—. ¿Alguna petición en especial para la ceremonia?

—Sí... brindar, pero sin alcohol.

Suelto una carcajada en medio del llanto por su ceño fruncido.

—¿Por qué? —pregunta sin dejar de besarme, intrigado.

—¿Confías en mí?

—Siempre.

No me puedo creer que haya llegado el día. Ni que esto sea real.

Camino hacia él sin poder apartar la mirada de su figura. Vestido de chaqué, con las manos cruzadas detrás del cuerpo. Mi madre a su lado tratando de tranquilizarlo... Mi padre llevándome del brazo para entregarme a Rodrigo Galán en esta parcela donde nos uniremos y celebraremos la boda de nuestros sueños.

Su mano se alza temblorosa para recibirme. En sus labios deletreo: *estás preciosa*. Contemplando mi ceñido vestido blanco. Y desde este instante hasta que pronunciamos los deseados votos... somos uno solo.

—¡Vivan los novios! —gritan los invitados.

Pasamos por el pasillo que estos mismos han improvisado para nosotros. Y al final, hay una mesa con dos copas. Camino y, llegando hasta ellas, sonrío emocionada a mi ya marido. ¿Se puede ser más

romántico? Sin tocarlas, me agacho cogida de su mano. Que no me suelta.

Cierro los ojos e inspiro, huele a un simple cóctel de frutas, pero apenas se ve, pues ambas copas están rellenas de pétalos de rosa... y otros tantos sobre la madera que la sostiene...

—¿Feliz? —Asiento, apenas sin poder hablar. Es mucho más de lo esperado—. ¿Y bien? Me tienes intrigado.

Le cedo su copa, agarro fuerte la mía. Sé que somos el centro de atención de muchas miradas, pero nada me importa.

Quiero compartir con el resto del mundo la noticia.

—En mi estado no puedo beber alcohol. —Rodrigo traga—. Sí, cariño.

—¿Me estás diciendo que...?

—La despedida nos unió más de lo que jamás imaginamos —musito con timidez, sin apenas voz.

Bajo la mirada hacia mi vientre, ahí donde está creciendo el fruto de nuestro amor. Lo sé desde hace dos días y he querido darle esta sorpresa tan añorada el día de San Valentín. Me estremezco al sentir que posa su mano en esa zona. Sus dedos dibujan líneas por ahí, calmando los miedos. La mía se suma, entrelazándose las alianzas de boda.

—Michelle —reclama mi atención, sorprendiéndome por las lágrimas que veo correr de sus preciosos ojos—. Gracias por este regalo, cariño. Por recordarme que ningún sueño existe si no estás a mi lado. Este era el nuestro, el de los dos... Mi vida...

—Chis. —Rozo sus labios—. G-Gracias a ti por hacer que volviera a mirarte a los ojos, recuperando un amor que nunca había muerto y que ahora está más vivo que nunca.

—Nadie dijo que fuera fácil —susurra en trance—. Pero el amor lo ha podido todo.

Me cuesta hablar, derrumbándome al verlo así.

—No voy a fallaros, Michelle —musita contemplando mi vientre. Mi pecho se hincha de amor al oír que se dirige también a nuestro bebé—. Me niego a seguir extrañándote, imaginándote sin poder mimarte. Haciéndonos daño.

—Lo sé... Te lo prometo. —Busco su mirada—. Nunca más, mi vida.

—Nunca. —Señala el cielo, atardeciendo en Manhattan que se tiñe de colores por proyectiles que celebran nuestra unión. Me invita a alzar la copa al tiempo que él eleva la suya para que brindemos. Y no dudo en complacerlo, llevándola a lo más alto—. Con esta escena confirmo que ya me es imposible imaginar otro despertar si no es a tu lado, al vuestro.

Las chocamos. Dando un sorbo entre risas por las cosquillas que nos hacen las rosas en los labios. ¡Está loco! Y yo lo adoro así.

—Por nosotros —digo completamente enamorada.

—Porque cada San Valentín tu sonrisa brille como la de hoy.

Los aplausos rompen espontáneamente y percibimos los flashes captando una preciosa imagen... Manhattan, el lugar donde nos conocimos y enamoramos. Los fuegos artificiales, que me transportan al

día que nos volvimos a mirar a los ojos. La copa con las rosas; confirmando la noticia de un sueño en común. Mientras nosotros reímos a carcajadas.

—Ya estamos juntos, ahora sí. —Instintivamente me llevo la mano al vientre, maravillada. Él cubre mis dedos. Rompo a llorar sin control—. Y seremos tres, Michelle.

Asiento y me apoyo en su frente.

—Un sueño que sí se hará realidad, el nuestro —suspiro.

Afirma añadiendo con la voz tan rota como jamás se la he oído:

—Al igual que hoy, prometimos hace años casarnos un 14 de febrero y así ha sido. Más mía que nunca. Y siempre tuyo.

La felicidad que tanto anhelábamos y perseguíamos nos llega con una nueva ilusión. Otro motivo más por el que luchar. Sin dejarnos vencer, aunque ya no había dudas. Durante este duro mes hemos conseguido disiparlas. Aprender y aceptar al otro con cada virtud y defecto.

—No puedo creerlo —repite ensimismado.

Verlo llorar me conmueve. Cuando me acaricia me derrito. Mi vida ahora tiene dos mitades. Sin Rodrigo nada tendría sentido.

Su mirada enamorada me lo recuerda.

—Ven aquí, bésame —suplica enloquecido—, sigo esperando la respuesta que te hice antes de despedirnos. Hoy la sé, la prueba está dentro de ti, pero necesito oírla.

—No, Rodrigo, ya no quiero ni puedo amanecer sin ti... —confieso fascinada contra sus labios a una pregunta que hace semanas no respondí y añado—: Y estoy segura de que él o ella tampoco.

—Mi vida... —Suspira emocionado—. Me encargaré de que así sea.

*¿Y si la vida no tiene porqué consistir entre elegir o renunciar a sueños para alcanzar otros, sino en saber encontrar el equilibrio, compaginarlos? Posiblemente nos encontremos continuamente con piedras en el camino y tropezaremos una y mil veces durante este hasta llegar a nuestra meta. Pero no es mejor quien nunca cae, ¿verdad? Sino el que consigue levantarse, superarse.*

*Como diría Manuel Carrasco:*

*Vale la pena pelear por nuestros sueños.*

*Vale la pena equivocarse y levantarse.*

Sí, aprendiendo de esos errores, hoy más que nunca somos uno solo... Pues ocho meses después de entregarnos al otro, el llanto más bonito del mundo nos envuelve tras una eterna y a la vez preciosa espera. Lía está aquí y... mirando a la mujer que ha hecho posible esto sé que el *vivieron felices* existe gracias a ellas.

**Patricia Geller** nació en un municipio de Cádiz, donde reside actualmente. Está casada y es madre de dos hijos. Una apasionada de la lectura, que en el 2011 optó por iniciarse de forma no profesional en el mundo de las letras. En el 2013, y gracias al apoyo de sus lectores, dio el paso de autopublicarse en Amazon. Aunque meses después le llegó la oportunidad de publicar su primera novela con una conocida e importante editorial que determinó su carrera como escritora. La trilogía *La chica de servicio* fue lanzada en el 2014, siguiéndole *Culpable*, *No Juegues Conmigo*, *No me prives de tu piel*, *Doble juego* y la bilogía *En plena confusión*. En la actualidad ha decidido marcarse nuevos retos, acaba de publicar su último libro: *Dímelo en silencio*. Y ya tiene varios proyectos editoriales en marcha.

**Descubre más de Patricia Geller en**

[www.patricia-geller.es](http://www.patricia-geller.es)

**Sus redes sociales:**

[https://twitter.com/Patricia\\_Geller](https://twitter.com/Patricia_Geller)

<https://www.facebook.com/PatriciaGellerAutora>

<https://www.instagram.com/patriciageller/>

Si quieres conocer la antología *Destinos escritos* y las historias de Paula, Sofía y Nora, puedes encontrarla en Amazon:

<http://amzn.to/2k1znmM>

**P  
C  
G**  
**BOOKS**